

REVISTA EUROPEA

NÚM. 303.

14 DE DICIEMBRE DE 1879.

AÑO VI.

BASES CIENTÍFICAS

PARA LA EDUCACION FÍSICA, INTELECTUAL
Y SENTIMENTAL DE LOS NIÑOS.

VII

LOS RESPLANDORES DEL ESPÍRITU.

Antes que Büchner, Moleschoff y los más atrevidos escritores materialistas de nuestra época, dijo en 1603 un médico español, entre otras cosas muy bien dichas: «que nuestra ánima racional, aunque es incorruptible, siempre anda asida de las disposiciones del cerebro, las cuales, si no son tales cuales son menester para discurrir y filosofar, dicen y hacen mil disparates» (1). Es, pues, una verdad que en todo tiempo se ha reconocido la marcadísima influencia que tiene el precioso órgano contenido en la cavidad craneal para todas las manifestaciones de la inteligencia y del sentimiento.

El espíritu humano no se presenta desde el primer momento como potencia, se halla en perpetua evolucion, y le falta mucho al psicólogo para determinar las leyes del desarrollo de las ideas y de la generacion de los sentimientos, en los niños, todo lo cual se verifica gradual é insensiblemente.

Son muy pocos los pensadores que se han dedicado á examinar atentamente ese trabajo admirable, que convierte un inconsciente animalito en un hombre perfecto.

Rousseau, cuyos trabajos acerca de la educacion tendremos ocasion de apreciar, revela en sus obras una profunda atencion hacia tan importante punto; pero sólo á Thierry Tiedeman, filósofo del siglo pasado, se deben las primeras observaciones de psicología infantil (2). Antes de él se limitaban á admi-

(1) Juan Huarte de San Juan. — «Exámen de ingenios».

El mismo autor, refiriéndose á Galeno, dice que éste escribe (Lib. Artis. medic., cap. 12) que «siendo este miembro, el cerebro, templado y compuesto de sustancia sutil y delicada, el ingenio será tal».

(2) Véase su Memoria publicada en el «Journal General de instruction publique», por Michelad.

V. Tomaseo. — «Giornale d'una madre sull'educazione».

rar el instinto del niño, y sólo vemos en Condillac, Locke, el abate Sicard y otros pedagogos tendencias á emprender estos estudios.

Recientemente, Taine y Darwin (1) han publicado estudios muy curiosos sobre este particular; pero á un compatriota nuestro, Bernardo Perez (2), hay que agradecer un trabajo concienzudo de psicología experimental acerca de los tres primeros años del niño, basado en los datos que la fisiología cerebral proporciona.

Tan importantes trabajos hacen meditar al ménos afecto á las cuestiones de educacion, pues claro es que ésta se apoya en dichas bases.

Por ellos se ve que del mismo modo que el músculo no puede contraerse hasta estar suficientemente organizado, el cerebro no está en aptitud de verificar sus complicadas funciones, sino cuando los elementos nerviosos que le constituyen han recibido un grado de organizacion suficiente.

Ya hemos dicho que en la vida intrauterina el nuevo sér adquiere su propia individualidad, en virtud del movimiento especial impreso por las anteriores generaciones y las circunstancias que le rodean.

Al nacer, las facultades todas parece como que se van agrupando ordenadamente alrededor del niño, como los cristales en torno de un núcleo, desarrollándose con arreglo á las predisposiciones hereditarias, á su propia constitucion y á las variables influencias del medio ambiente.

La diferencia entre las facultades del niño y las del adulto es, pues, más bien cuantitativa que cualitativa.

Los alimentos de estas facultades, que pueden llamarse constitucionales, son las sensaciones, quienes harán resaltar las diferencias existentes entre dos cosas semejantes, y serán los esbozos de la comparacion, uno de los rayos de la inteligencia.

El estudio actual comprende la vida toda de relacion en sus primeros momentos, de

(1) Darwin. — «Biographie d'un petit enfant». Rev. Sc.

(2) Bernard-Perez. — «Les trois premières années de l'enfant». Paris, 1878. — Librería Germer Bailliere, 294 páginas en 8°.

igual manera que la de nutrición ha sido ya estudiada.

El gusto, primera función indispensable al niño, se ejerce con mucha energía desde el mismo nacimiento, creyendo algunos ver el principio de la excitación en las aguas amnióticas.

Bajo muchos conceptos se hallan desarrolladísimas las funciones del tacto, observándose una gran susceptibilidad para las impresiones penosas, siempre menores que las del adulto.

Las diferencias de temperatura, que ya eran percibidas por el feto, son muy sensibles, como hemos visto, al niño.

La visión adquiere gradualmente mayor campo á medida que va creciendo el nuevo ser; éste, durante los primeros días, puede decirse con fundamento que no ve, pero en cuanto abre los ojos y nota con claridad los objetos, aquéllos que son más brillantes ó se agitan cerca de sus ojos, cautivan su atención y le proporcionan cierto placer. No se ha observado predilección especial por ningún color. Verdad es también que hay mucho de sensibilidad moral en los placeres dependientes de la visión.

El niño percibe también los sonidos, siéndole agradables los rítmicos y manifestando desagrado hacia otros, ya por especial conformación de su aparato auditivo, ya por predisposiciones hereditarias de su personalidad relacionadas con sus estados íntimos.

Por regla general, permanece mucho tiempo insensible á los encantos de los perfumes, no distinguiendo un buen olor de uno malo.

De todos modos, los placeres y las penas de los sentidos son los gérmenes de los placeres y penas del espíritu.

En los primeros tiempos ama, detesta, goza, sufre, envidia, se desespera y se irrita automáticamente, aunque con alguna intervención de la conciencia. Cobra más afecto á un animal que á una cosa, y más aún á una persona; sin embargo, sus afectos son superficiales y engendrados por la curiosidad.

No respeta los sufrimientos mientras no se le representan por signos muy sensibles, como se puede observar fácilmente en sus relaciones con los animales.

Por eso también necesita ver llorar á una persona para comprender que padece.

La motilidad es una fase evolutiva del gran proceso de la sensibilidad. En los primeros momentos de la vida se notan: el es-

tornudo, los gritos, la acción de llorar (1), después el sollozo y las lágrimas aparecen en diferentes épocas, y á veces antes del primer mes; entónces, con frecuencia en la primera quincena, se esbozan la risa y la sonrisa con su acompañamiento de alegría, juegos y caricias, quizá intencionales.

Todos los movimientos del cuerpo son en un principio inciertos y muelles, coincidiendo su perfección con el desarrollo gradual de la atención y la conciencia.

A los tres meses, estos actos instintivos, por evolución selectiva se amplían, se verifican con mayor precisión y seguridad, pero, sobre todo, se expresan en su inmensa mayoría voluntariamente.

¿En qué se diferencian los actos de la voluntad de los movimientos automáticos sancionados por la conciencia? No es posible decirlo. Lo cierto es que en el niño vemos la voluntad insistente hasta la testarudez, y energía hasta la violencia, que, como en el adulto, está subordinada á las excitaciones de la sensibilidad, en virtud de la cual desea y ejecuta lo agradable y rechaza lo desagradable.

Admitiendo una correlación entre las sensaciones y las ideas, según cuáles sean aquéllas, al establecerse y ordenarse en la inteligencia en virtud de las leyes generales, darán lugar á operaciones intelectuales muy variadas.

A la cabeza de todas ellas se encuentra la conciencia, hija de los instintos, como se comprueba en los casos de idiotismo, en que faltan los más rudimentarios. La atención, en cambio, es compañera inseparable de la conciencia. El niño que mama tiene una conciencia más ó menos clara de las sensaciones táctiles, sápidas, termógenas ó musculares que acompañan á este acto, el cual lo verifica tan atentamente como yo en este momento al meditar en tan curiosos hechos.

No hay más diferencia que la atención del niño es pasiva é inconsciente, y la mía consciente y voluntaria. Sin embargo, en algunos actos sociales, muchas veces predomina la primera sobre la segunda.

Esta atención es tanto más activa cuanto más enérgicas sean las excitaciones de la sensibilidad.

Los autores aludidos, Perez sobre todo, llaman *memoria hereditaria* á los movimien-

(1) Darwin. — «L'Expression des émotions.»

tos, gritos, ejercicio primitivo de los sentidos y todas las facultades intelectuales y morales que se refieren al automatismo. Por lo mismo, á ser verdad que las impresiones misteriosas de la vida intrauterina dejan algun vestigio en el cerebro infantil, algunas de las mencionadas predisposiciones se relacionarán con la memoria hipotética que podría llamarse *fetal*.

Todo hace sospechar que la memoria del hombre guarda un depósito inconsciente de adquisiciones anteriores á la evolucion del lenguaje.

Por mi parte, puedo decir que recuerdo, con esa lúcida vaguedad propia de las reminiscencias de escenas pasadas y con muchos detalles, el interior de la casa donde nací, la hermosa figura de mi madre, algunas estampas francesas de vivos colores representando alfabetos, todo lo cual ha llamado siempre la atencion de mis padres, pues en aquella época no hablaba, y en cambio parecia comprender lo que me decian en los idiomas paterno y materno, distintos.

La asociacion de ideas se presenta al mismo tiempo que la memoria, no habiendo recuerdo sin asociacion, ni asociacion sin recuerdo.

Ahora bien, si entendemos por abstraccion una especie de análisis, en virtud del cual aislamos, no siempre de un modo completo, los detalles del conjunto, los individuos de las masas y las cualidades de las cosas, el niño es capaz de abstraer.

La comparacion necesita de la abstraccion, pero há menester más esfuerzo intelectual, por cuya causa el niño de uno ó dos meses no compara.

Sólo á los dos años, la aptitud de comparar sigue los adelantos del lenguaje, y aprovechando todos los elementos de la comparacion para hacer metáforas, en su mayor parte raras y poco aproximadas á la verdad.

La imaginacion reproductiva funciona con intensidad, siendo las reminiscencias muy vivas, y empezándose á notar en la disposicion y caracteres de los recuerdos un esbozo de imaginacion productiva ó creadora. Por eso se nota á los cuatro meses la tendencia á la destruccion y construccion, como formas de la imaginacion creadora.

El sentimiento estético se inicia entre el sétimo y décimo mes, por la imitacion de gestos, canto de personas y animales. Entonces, le impresionan mucho y agradable-

mente los rostros hermosos y las cosas bonitas, las notas musicales, así como buscan los niños soldados y caballos de carton, y las niñas muñecas y adornos. Tambien demuestran sed insaciable por los cuentos maravillosos, tanto más verdaderos para ellos, cuanto más inverosímiles sean.

En opinion de Bernardo Perez, las similitudes más ó ménos extensas, formadas sin el auxilio del lenguaje, en una palabra, la generalizacion, se presenta tambien en el niño. Sentimos no poder transcribir los datos experimentales en que se apoya.

Que el niño juzga es indudable. Ese albor de la personalidad consciente, respecto de las impresiones ó recuerdos que se relacionan con una causa cualquiera, se presenta bien claro. Sus juicios son siempre concretos, y la variedad infinita de éstos se explica por las varias predisposiciones individuales de la inteligencia.

La mayor parte de las operaciones intelectuales son inconscientes, pero la facilidad con que el niño modifica sus actos mecánicos, indica la entrada triunfal de la conciencia en el dominio de lo inconsciente.

El niño da pruebas diariamente de una lógica en el razonamiento que á veces asombra. ¡Lástima grande que una educacion nociva atrofie acaso para siempre en sus principios una razon tan sólida como ingeniosa!

El lenguaje es la facultad de expresion del hombre. En los animales, la herencia perpetúa, como precioso legado, un canto propio, lo cual no les impide aprender otro canto particular.

Es curiosa la gradacion entre el instinto innato de la expresion y la asociacion de las ideas. Comprende la sonrisa, las caricias, la cólera y la amenaza. A los tres meses sonríe, á los seis atiende á quien le llama por su nombre, y á los diez conoce el valor de la palabra y trata de aprenderla.

Taine cree que este trabajo es más espontáneo que imitativo. Sea lo que fuere, es lo cierto que en el lenguaje infantil se reflejan, segun la mayor ó menor rapidez de los adelantos, en las infinitas variedades de la pronunciacion, la influencia del temperamento, de la sensibilidad, de la fuerza intelectual, así como la de la educacion y del medio ambiente.

Empieza siempre por las vocales, ó articulaciones simples ó monosilábicas, reteniendo los sonidos que designan los objetos más conocidos, aparte de las frases que la

rutina les impone con su insoportable martilleo.

Con respecto al sentido moral, la noción objetiva del bien y el mal no se comprueba más que á los seis ó siete meses. En esa edad se nota ya una gran resistencia á obedecer, acompañada casi siempre de accesos de cólera, lágrimas, gritos, sollozos, en tono casi amenazador. Iníciase cuándo el niño comprende la significación de las modulaciones de la voz y de los gestos que acompañan á las palabras, observándose que, por regla general, muchos obedecen más á la madre que al padre, á causa de la influencia de la dulzura. Tienen ideas algo exactas de lo justo y de lo injusto, de lo permitido y lo vedado, de lo que es preciso hacer y lo que no conviene poner en práctica. ¡Cuántas veces exclaman los niños: «Eso no se hace, mi mamá dice que es muy feo!» El bien es, pues, lo permitido, y la moral aprendida por el pequeño, puede variar según cuáles sean las personas que le rodeen.

La noción de la justicia se manifiesta enérgicamente en el niño, sobre todo en cuanto puede expresar sus sentimientos.

Hay malos instintos que no deben olvidarse: entre ellos el de la crueldad, el de la destructividad y el del combate. El de la *propiedad* también es visible, como el de apropiación que degenera en robo, y ha sido aprovechado por muchos miserables que explotan la infancia.

Hemos recorrido muy ligerísimamente, como la índole de nuestro trabajo nos lo permite, esas diferentes fases del desarrollo del espíritu en los niños, examinando sus hermosos resplandores, pues todo lo que nace y es débil y sencillo, inspira gratas emociones, sintiendo hacia ello irresistible simpatía.

Todas las circunstancias que rodean al niño son de interés; principalmente las costumbres que se les hace adquirir de un modo insensible, son muy difíciles de modificar más tarde. Esta especie de automatismo, se comprueba lo mismo en el niño que está lactando, como en el que ya corre y monosilabea cuantas frases oye.

Los padres ó las personas acostumbradas á tratar los niños, nos dirán si no es cierto lo indicado. Para convencernos plenamente de ello, nos citarían cualquiera de esas noches de insomnio en que el niño se agita, grita y se desespera, desesperando también á cuantos le rodean.

Por una circunstancia cualquiera, el ama

tiene que abandonar su cria durante algunas horas; la mayoría de mis lectores sabrá que una ausencia de este género va precedida de muchísimos preparativos, ya veremos por qué. Acaba de irse; el niño, que dormía como un ángel en su cuna, saciado su apetito y bien cubierto, se despierta repentinamente, sobresaltando al buen vigilante y sumiéndole en un mar de dudas y apuros á medida que va en *crescendo* el llanto gutural y poco armonioso de su vigilado. Si es poco duchos en estos asuntos, le asalta la sospecha de que se ha puesto enfermo, y tiembla ante esta idea; reconoce en caso contrario las envolturas... nada; imprime sacudidas á la cuna... peor; por último, se decide á coger en brazos al insoportable muñeco, y agotando todos los cánticos más soporíferos, y midiendo miles de veces la habitación como fiera enjaulada, logra al fin dormirle nuevamente.

Temeroso de volver á encontrarse en otro apuro semejante, espera inmóvil y maldiciendo en voz baja su mala suerte la llegada de los que tan molesto encargo le hicieron. Sin embargo, cuando preguntan si hubo novedad, por más vivos que sean los colores que prodigue el infeliz niño, relatando la escena, el ama responderá imperturbable que eso no importa, y tiene razón, pues el reposado sueño del niño le indica que el acto no ha tenido importancia. Acaso sonriendo recordará alguna de las prescripciones que encargó se emplearan en caso de apuro, y la razón de todo ello está en las costumbres que ha adquirido el pequeño. En lugar de la cuna, acostumbra á estar durante la noche en la cama, cerca del regazo de la nodriza; de aquí que mecánicamente notara la falta que en balde trataba de obviar el individuo citado.

¡Cuánto trabajo cuesta algunas veces acostar á los niños! ¡Qué escenas se ofrecen á la consideración del curioso observador! En esta casa, el niño patalea como un epiléptico, y alborota como un energúmeno en cuanto le meten en la cama; allá es imposible acostarle en su cuna; acullá se necesita que cierta persona cante una determinada canción para que se duerma, y después, con unos cuidados especialísimos, y con más precauciones que las que se necesitan para poner en su pedestal un monolito, se van lentamente deshaciendo los amorosos vínculos hasta dejar sobre mullido colchón la *voluntariosa* criatura, según dice la buena de la niñera. ¡Cómo se conoce que la muy ignorante

muchacha ignora los más rudimentarios principios de fisiología, ya que desconoce, como muchos sabios, algunos hechos de psicología infantil! ¡Voluntarioso! Quizá dirá lo mismo del autócrata de dos años que pide con insistencia caramelos al amigo de la familia que ha tenido la imprudencia de pasar varias veces por la Mahonesa ántes de entrar en la casa en cuestion. Acaso regañe á la pobre niña que por un exceso de pulcritud se limpia la cara despues de recibir un beso, y por las leyes fatales de la naturaleza sonríe á los rostros bonitos y huye de las gentes bruscas. Ignora, pues, los actos reflejos, desconoce los mismos resplandores del sentimiento; convengamos en que es una pobre necia.

Lo peor no es esto, sino que con el firmísimo deseo de inculcar en el ánimo de los pequeños esos altos principios de moral casera, insustancial é indigesta como la papilla, se esfuerza en hacerles tragar, quieras que no, miles de monstruosidades que perturban la marcha regular de la naciente inteligencia, atenúan mucho, hasta el punto de oscurecer casi por completo, lo que he llamado, no sé si con acierto, resplandores del espíritu.

Ya veremos, una vez terminada la excursion por el hogar y otras excursiones no ménos curiosas, de qué modo se cultivan las nacientes aspiraciones, de qué manera brutal é inoportuna se ahogan los inconscientes gritos de ese sér infeliz que ha tenido la desgracia de nacer niño. ¡Oh! Si en cambio fuera un perrito coqueton y trasquilado, ¿cómo habia de molestar, no digo á la madre, que no debe estar nunca molesta con su hijo, sino á la más sensible doncella, el constante ladrido y la agitacion continua con que indica el insoportable faldero que se acerca la hora de comer? De ninguna manera; animalitos de este género conozco yo que no se cambiarían por seres racionales, caso de que fuera una verdad el precioso cuento de Laboulaye (1). En cambio, muchos niños... Pero doblemos la hoja.

No sé por qué al querer cambiar de conversacion, mejor dicho, al volver á nuestro tema, me he acordado de los chinos: ¿Será quizá porque, como ya dijimos, en el Celeste imperio los solterones y las solteronas compran los niños y se comen los perros? Lo ignoro. En cambio puedo asegurar que en los

países civilizados la mayoría de los perros honrados tiene asegurada su autonomía y su subsistencia, mientras miles de niños son caritativamente abandonados, y se mueren (con arreglo á reglamento, se entiende, con toda la legalidad posible) de hambre, de frio y de tristeza...!

Ocupémonos por ahora de los que tienen nombre; entremos sin reparo ni repulgos en lo que se ha llamado hogar. No debe importarnos que nos cierre el paso una servidumbre, á prueba de importunos, que no puede permitirnos la entrada en el cuarto de los niños, porque su excelentísima señora no ha vuelto aún de la Opera; tampoco nos ha de arredrar la presencia de un regimiento de comadres en el estrecho gabinete de una buena é ignorantísima mamá, de piso tercero con entresuelo, y por último, aunque sea extemporánea la hora y desagradable la visita, no dejaremos al pobre niño del albañil sin ese beso de paz que infunde grandes raudales de bondad á nuestro corazón, y hace llorar á una madre de alegría y gratitud.

En todas partes habrá lágrimas que enjugar, vicios que corregir, consejos amistosos que inculcar. Allá en el principal quizá llegue á escucharnos un momento la reina de hermosura, mientras deshace su tocado y se prepara á cerrar el paso al sol naciente; es posible callen y escuchen (lo cual no es poco conseguir) las mujeres áulicas citadas; probablemente, los señores del segundo interrumpirán sus constantes disputas para oír dos palabras, no más, que les diremos; y por fin, la pobre mujer, cuyo hijo acariciamos, no se olvidará nunca de lo que pueda entender. ¿A qué deberemos esto? Solamente á que les hablamos del que, apesar de todo, es muy querido, ya que no perfectamente educado. ¿Cómo no amar un hijo? ¡Ah! Cuando brota la luz en el ofuscado cerebro de algun padre, es al percibir atónito y entusiasmado los primeros resplandores de la inteligencia y del sentimiento en su hijo. ¡Feliz mil veces si contribuyó á la formacion de ese inquieto espíritu voluble y maleable, propio del niño! No crea que está en el caso de hacer, como Pigmalion, de un soberbio trozo de mármol una estatua perfecta. Se equivocan los que piensan es factible, á golpe de cincel, crear un carácter. No. Muchas veces la resistencia es mayor que el esfuerzo del obrero; puede quedar una arista aguda allí donde se deseaba un contorno suave y redondeado. Si valiera mi pobre opinion, diria que el

(1) El príncipe-perro.

papel de los padres, que en primer término son los encargados de estudiar el niño, consiste en formar un conjunto armonioso con los materiales dispersos que encuentran en su derredor. No es posible formular una pauta determinada, precisa é inalterable, de la educación. Como obra artística, no puede estar sujeta á reglas, pero sí debe ajustarse á bases generales, dicho se está que científicas en este caso. Podríamos imaginar que los hijos son otros tantos planes de obras, esbozos ligeros unas veces, bocetos otras, que toca dar desarrollo oportuno y publicación conveniente, á los que se encargan de la difícil tarea de proporcionar hombres útiles á su país. Esto nos explica por qué muchos libros ven la luz pública y no son buenas obras, y por qué de tantos seres como nacen, son muy escasos los que valen algo después. Entendámonos pues con los autores y editores, si podemos. Y ya que éste no es un libro perfecto, tratemos de colaborar á una buena obra.

VIII

EL NIÑO EN EL HOGAR.

En el presente estado de nuestra sociedad, el hogar desempeña un papel bastante secundario para la familia. El padre asiste á las academias ó frecuenta los cafés y teatros durante la noche, permaneciendo muy poco tiempo en su casa durante el día, que dedica al desempeño de su profesión; la madre por su parte no elude mil compromisos femeniles, visitas y diversiones en que distrae sus largos ocios; los hijos gozan de una libertad que conduce al libertinaje, de suerte que podríamos decir que la educación familiar y doméstica se descuida cada día más.

Los escasos hogares que han podido librarse de la moda y conservar su autonomía propia, dicho se está que muy pocas veces cuentan con medios para llevar á cabo con escrupuloso cuidado el aprendizaje del carácter, cuestión tan importante para la felicidad de los hijos. Esto depende, en primer lugar, de que carecen de conocimientos; en segundo, porque no tienen suficiente carácter á su vez los cónyuges. Les falta la unidad de miras, y en virtud de esto se ve á los padres desplegar injustificados rigores y poner las madres en práctica indulgencias plenarias, estériles é inoportunas. Son raros los que saben sostener un estudiado equilibrio, evi-

tando que lleguen hasta los hijos las borrascas y tormentas conyugales, por desgracia frecuentísimas.

Todo esto viene, por misteriosa trabazón, de muy antiguo. Ya lo hemos dicho, los jóvenes de uno ú otro sexo no son educados para la familia. Los hombres, desde muy pequeños, son arrancados de los brazos de la madre para sentarse en los duros bancos desde donde han de recibir los principios generales de la instrucción, siendo muy escasos aquellos que no han tenido forzosamente que experimentar los horrores de la vida de colegio tal como aquí se entiende esta palabra. Cada ocho días, lo más pronto, ó en días señaladísimos por lo comun, salen de gala, y con el aspecto huraño ó procaz que adquieren sin gran esfuerzo en la vida de interno, demuestran de una manera clara y terminante que si conocen á la perfección la geografía y la historia, cuando la conocen, en cambio ignoran los más rudimentarios preceptos de la buena crianza. En tésis general, puede decirse que si el niño procede de la clase elevada, avergüenza á sus padres por sus malas maneras, y si, por el contrario, tiene familia entre lo que se ha dado en llamar gente ordinaria, se avergüenza, por su parte, de los que le dieron el ser, pues á la par que se relajaron los vínculos de la familia, se dejó á rienda suelta la vanidad. Con esto ya tenemos explicado el *quiero y no puedo* de muchas nulidades que se agitan impotentes, aspirando exclusivamente á ocultar su procedencia y á escalar los puestos que sólo deben conquistarse por el talento y el trabajo, venga de donde viniere. Más tarde se tratará de que estudie una carrera; ¡quién piensa en oficios ni en artes liberales! Buenas son dichas ocupaciones para los pobres de espíritu, que de ellos son los talleres y sólo ellos deben cultivar los campos. Y al mencionar la carrera, dejamos al joven emprender el áspero camino que conduce de la *inmortalidad al alto asiento*, y dicho está que será más rara la permanencia en casa. La emancipación se acentúa, pero nótese que en el saquillo que lleva á la espalda, donde están entremezclados títulos é ilusiones, hay muy poco sitio para los rudimentarios y olvidados preceptos de la educación.

Las niñas... ¡pobres niñas! son las menos mimadas por las madres y las abuelitas, lo cual, en medio de todo, sería una fortuna si otras cosas peores no acaecieran. En cuanto nació Fulanita, se apoderó de ella una nodri-

za robusta y sanota, pero incapaz de sentir y casi de hablar; cuando terminó el destete vino una muchachuela del pueblo á desempeñar el secundario papel de niñera; más tarde se hizo urgente llevar la niña á la *maestra* para quitarse de encima la muy alborotadora; el buen tono indicó con su dedo enguantado la puerta de una *institucion*, donde se hablan perfectamente toda clase de lenguas, excepto la castellana, enseñándose la manera de confeccionar primorosas labores y los principios fundamentales del arte musical. Resultado: sale en los albores de la adolescencia la niña, con aquel dote psicológico de que hablábamos en uno de los primeros capítulos, dispuesta ya á casarse, y creyendo la muy inocente que esto es una cosa parecida al paso á *otra seccion* del gran colegio llamado mundo.

En las altas regiones, y hasta en las pedestres clases de la sociedad moderna, se hallan madres con suficiente abnegacion para resignarse á no tener hijas á trueque de no disgustar esa señora encopetada, grave y absurda llamada moda.

Por galantería no queremos hablar de las institutrices, excelentes señoritas con atrofia total ó parcial del corazon y desarrollo casi hipertrófico del cerebro. Conste que me refiero á las señoritas extranjeras, educadas científicamente, pero no con el sentido que damos aquí á esta palabra. Sus conocimientos son profundos, demasiado profundos quizá, y por desgracia no son los que necesita una señorita para ser buena madre. Remitimos al lector á una relacion contemporánea, llena de verdad, debida á la pluma de un jóven novelista de gran porvenir (1), el cual ha sentido perfectamente este grave mal, pintando con un realismo encantador las interioridades de una casa aristocrática.

La madre, preciso es confesarlo, cultivará los sentimientos del niño, la escuela desarrollará su inteligencia, el padre será la justicia, la madre el perdon. Jamas deberá desequilibrarse la balanza inflexible donde diariamente, mejor dicho, á cada momento se pesan en consejo amistoso las buenas y malas acciones; nunca manchará sus alas blancas el espíritu de la indulgencia, acariiciando funestas inclinaciones.

Hemos dicho inclinaciones. ¡Con qué detencion hay que estudiarlas! Ya escribió una

gloria de nuestra literatura científica (1) «que no hay hombre malo en quien no se hallen algunas virtudes naturales, ni virtuoso sin algun vicio»; y esto, que es una verdad, podia glosarse diciendo que no hay madre que no tenga un rigor inoportuno, ni se halla madre que no sea bondadoso cuando ménos debe serlo. Si esto sucede con las madres, ¿qué diremos de las *abuelitas*? No quiero enfadarme con ninguna de esas buenas mamás que dicen los franceses, *mamitas* como las llaman zalameramente en Andalucía; empiezo por confesar que me enternezco cuando veo los bucles blancos de una de estas venerables señoras confundidos con los rubios y sedosos rizos de su nieto, pero esto no quita para que yo me permita decirla (si es que alguna se ha calado las gafas de vista cansada, y pasa sus miradas indulgente por estas líneas) que por lo mismo que quiero al pequeñuelo que la enloquece, combato con todas mis escasas fuerzas lo que se ha llamado con gráfico nombre *mimo*. Esto no ha sido nunca señal de cariño, la misma palabra es antipática; cámbiese una letra, acreciéntese el besuqueo, y del niño mimado se hará un *memo*, es decir, un sér necio, voluntarioso, inepto, lleno de orgullo como todo Crespo, pues es un pequeño avaro de caricias.

Sufrimos siempre muchísimo al ver esas extravagancias de ciertas madres que estrujan entre sus brazos los niños, sentándolos en el grato trono del despotismo, desde donde lanzan á diestro y siniestro las señales de su absurdo poder, representadas por muecas risibles y accesos de cólera liliputiense.

En nuestra opinion, tres cosas se debia tratar de inculcar en todos los niños: la *discrecion*, la *urbanidad* y la *vergüenza*. Son ya excesivos los hombres imprudentes, groseros y procaces que revelan la mala, ó mejor dicho, la ninguna crianza que recibieron en sus primeros años.

Porque la crianza no es la educacion, así como tampoco ésta es la instruccion.

Entendemos por crianza las reglas inflexibles de honradez, decencia y moralidad que deben ser patrimonio de las familias y han de observarse por todos sus miembros sin restricciones de ninguna especie. Así como en la materialidad de la vida doméstica se ve que hay costumbres especiales, tanto en los padres como en los hijos, respecto de la policia del cuerpo, manera de estar en la me-

(1) «La cigarra», por José Ortega Munilla.

(1) Huarte de San Juan.

sa, etc., así en lo moral hay ciertos hábitos respecto del lenguaje, entonación de la voz y demás relaciones interiores.

Hay familias que tienen caracteres tales, que se distinguen de todas las demás, ya por la dulzura de sus maneras, amabilidad con que se tratan los miembros de aquélla entre sí, ó bien por falta de atención, sobra de palabras y escasa cultura en los vocablos.

La educación se refiere más principalmente á las reglas que deben observarse para con los demás individuos que componen la sociedad, tiene relaciones estrechas con la crianza, pero á veces suele estar tan artificialmente desligada de ésta, que un individuo de irreprochables modales y palabras mesuradas, visto por *de dentro*, como Quevedo miraba el mundo, es un monstruo por lo brusco, lo inconveniente y lo deslenguado. Esto depende de ese eterno fingimiento, ridícula parodia de discreción convencional y vergüenza mogigateril, tan frecuentes.

Empecemos por meditar acerca de lo que la organización del niño nos ha revelado, pues para secundar las manifestaciones de los sentidos se deberán educar éstos ordenadamente, con arreglo á los principios fisiológicos. Sus excitantes naturales son las sensaciones; conviene, por lo tanto, que sean moderadas y en relación con la sensibilidad de los órganos.

Ya hemos dicho al hablar de la cuna que la colocación en la habitación debe obedecer á un criterio tal que se eviten los estrabismos. Para que la acomodación se verifique bien, es preciso no aproximar mucho los objetos á los ojos del niño, ni presentarle sustancias demasiado brillantes, pues conocido es el efecto que originan en un cerebro débil estas vivas excitaciones visuales.

El gusto, que como ya se sabe es la primera función indispensable, ha de conservarse, para lo cual los alimentos no deben estar muy calientes ni con una condimentación exagerada.

Su compañero el olfato no ha de recibir de pronto olores demasiado fuertes, vigilando mucho al niño para que no se introduzca ningún cuerpo extraño en la nariz. Recuerdo sobre este particular un niño á quien se creyó afecto de un pólipo, y al introducir unas pinzas se encontró una flor de azahar, seca, que servía á su madre para perfumar la ropa.

La educación del tacto es á nuestro juicio una de las más importantes, pues cuando se

halla desarrollado este sentido pueden llevarse á cabo maravillas. Estudiemos los ciegos y nos asombrará su habilidad; todo ello depende exclusivamente de la educación.

Se cuenta como caso curioso un escultor (1) que perdió la vista, y apesar de esto siguió ejerciendo su arte con admirable precisión, haciendo retratos en barro de un parecido notabilísimo.

Para cualquier oficio ó profesión á que se dedique el niño necesitará del tacto; pero de todos modos, en unión de esto se pondrá en práctica la costumbre de que sea ambidextro, pues no existe ninguna razón plausible para que la mano derecha sea la única encargada del trabajo propiamente dicho, y la izquierda un mero auxiliar, torpísimo en la mayor parte de las ocasiones. Este es un ejemplo que nos demuestra lo perjudicial de las costumbres, que no descansan en nada sólido, y deben su aplicación á la rutina.

Pensemos en lo que puede suceder y esforcémonos en prevenir cualquier accidente. El verdadero saber es la previsión razonada. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir, si el niño quedará ciego ó perderá algún miembro? Aunque así no fuera, es incalculable el beneficio que se le hace, pues no hay profesión que no necesite más ó menos directamente la perfección de la motilidad de ambos brazos.

Cuando oigo decir á algunas personas que «la música es para ellos un ruido ménos desagradable que los demás», se me ocurre pensar que no han recibido en sus primeros años la educación del oído, á ménos que la afirmación apuntada no oculte un deseo de singularizarse, lo cual es bastante frecuente.

¡Qué admirables son las variantes de la armonía, y cuánto cautivan al niño, haciéndole gustar ordenadamente de los purísimos placeres del ritmo, para que despues saboree los acordes de la música!

Sin que se nos tache de apasionados, creemos deber abogar por que en la educación familiar se cuide mucho de ir desarrollando esta tendencia que afirmará el sentimiento, y será una de las fuentes más fecundas de inspiración y de dulcísimas emociones.

Desde una canción breve, que se repite indefinidamente, sirviendo para provocar el sueño con su monótono compás, hasta un trozo de ópera, en que entremezclada con los acordes de los sentimientos se oye la voz humana, expresando la pasión, media una

(1) Ganivasius.

infinidad de sensaciones diferentes, pero que responden todas á una necesidad de nuestro espíritu.

Es el mejor lenitivo para deshacer, como por encanto, los violentos y carnales instintos propios del animal, que se despiertan en el hombre á la vista de la fuerza; la música puede llevar masas enteras hacia la virtud y el reposo, sin más que rodearla de circunstancias que impresionen de cierto modo á la generalidad.

Hay, según muchos, ciertas cosas inexplicables en la época moderna, las cuales mézclanse de un modo discordante á la armonía de ideas que debe reinar en las inteligencias, y á los generosos impulsos que deben agitar los corazones. Sin embargo, tienen su explicación lógica. Tomemos un ejemplo entre los espectáculos en que se ve la fuerza dominada por la voluntad, y ya que estamos en España, hablemos de los toros. Es curioso el estudio de psicología-fisiológico de una función de esta índole.

El espectáculo en sí es repugnante, los mismos taurómanos lo confiesan; es doloroso, es cruel, en una palabra, es absurdo; pero en cambio es popular, y con esto está dicho todo. El pueblo, mejor dicho, la masa de gente que llenó en la antigüedad anfiteatros, hipódromos, circos, en una palabra, todos los templos de la brutalidad humana, aplicada al esparcimiento de las multitudes; el populacho, ese gigante inconsciente, ciego y voceador, se ha embriagado siempre con un sol de Mediodía, al ver correr la sangre, y al sentir repercutir en su corazón el dolor ajeno. Cuestión de herencia. El famoso león que, según dicen, se apiadó del dolor de una madre, debió pertenecer á una casa de fieras, estaba humanizado; en cambio, el populacho que acompañó á los mártires de la ciencia á los patibulos, estaba completamente entregado á sus instintos feroces.

Individualmente considerado, el taurófilo inconsciente puede ser un infeliz, incapaz de hacer una mala acción, que se indigne al ver maltratar á cualquier caballo por un cochero cruel, y que ni gaste armas blancas, ni se considere con fuerzas para dar un bofetón á su hijo; sin embargo, va á los toros, porque se siente más *hombre* al enarbolar un palo, y con mirada fosca abrumar á los lidiadores bajo el peso de su indignación patriótica. Siente la contracción refleja de sus músculos, que en aquel momento son capaces de verificar trabajos más difíciles que los

del mismo Hércules; en una palabra, el bueno de nuestro espectador será hasta héroe, sin saberlo, con tal que le trastornen la cabeza con gritos, voces, y le ciegue la sangre con su resplandor rojizo. Reconozcamos en él al guerrillero del año 8, al *sans-culotte* del 93, á todos esos instrumentos de la fuerza, puesta al servicio del fanatismo.

En cuanto al que aplica toda su inteligencia á la contemplación de estos espectáculos, el que es *taurómano*... le basta y sobra con su manía.

De suerte que tanto más se acaricie esa tendencia á dominar por la fuerza en el niño, mayores serán las probabilidades que tendremos de hacer un individuo insoportable, orgulloso, insolente y batallador. Erróneas ideas de muchos padres, y quizá los más ricos, que se rien á carcajada tendida al ver martirizado un infeliz felino del género doméstico, ó un doméstico del género felino, y so pretexto de que el prócer en agraz se desarrolla, le dan una educación mecánica, convencional y perjudicialísima.

Muchos detalles, mil conocimientos variados, superficie extensa, fondo estrecho y mezquino, en una palabra, hombres autómatas, con la circunstancia de ser irascibles y orgullosos. Ante todo se cultiva la forma, pues el corazón y la inteligencia son dos cosas que venden al por menor artistas, sabios y literatos.

Volviendo á nuestra tarea, el oído necesita una educación cuidadosa, combinada con la sentimental; acostúmbrese á que la intensidad, el tono y el timbre de la voz sean apreciadas con exactitud, pues no hay cosa tan desagradable como la desafinación y el desentono. La misma expresión del dolor debe serle conocida y debidamente apreciada, toda vez que la más hermosa de las virtudes consiste en consolar al triste, apiadarse del desgraciado.

Recitar versos es utilísimo, sobre todo cuando encierran alguna acción dramática. El teatro es, por lo tanto, un gran medio de educación del oído, á la par que lo es del sentimiento. Más adelante nos ocuparemos con mayor detención de él.

Entretanto observemos que la vista reclama detenidos cuidados, pues no se reduce todo á evitar estrabismos en la cuna; tiene el niño que adquirir un conocimiento completo de los objetos, dándose razón de los colores, de las formas y dimensiones, y muy principalmente de las distancias. Todos sa-

ben que el recién nacido apenas ve, y que el niño de pocos meses no tiene la viveza y expresión en la mirada propias de quien conoce con exactitud la extensión de este importante sentido.

Cuántas circunstancias sirvan para encauzar la acomodación, llevando á cabo una verdadera gimnasia de la vista, serán importantísimas.

Para ello convendrá no presentar dibujos complicados, caminando de lo fácil á lo difícil por insensible gradación. Se ha recomendado mucho el aparato de física llamado linterna mágica para ejercitar este sentido. Seguramente que es bastante útil.

El niño trata de andar; mejor dicho, los que le rodean empiezan á querer que ande, para lo cual se han inventado multitud de aparatos destinados á mantenerle en la bípeda estación. De un modo absoluto, proscribimos todos. Lo mejor es dejar al pequeñuelo sobre una manta, que ya tratará él de levantarse, empezando á hacer lo que se llaman *pinitos*, sin necesidad de excitaciones. Una de las cosas más perjudiciales es empeñarse en que unas piernecitas estivadas y débiles sostengan un cuerpo proporcionalmente pesado. Tan nocivo es esto, como obligar á que el estómago reciba alimentos que no están en disposición de digerir.

Antes quizá de que ande y empiece á recibir el doloroso premio de su torpeza, mitigado por las caricias de los padres, pronunciará mecánicamente monosílabos, imitando en lo posible las palabras que escucha á cada momento. Poco á poco irá articulando sílabas, á medida que relacione ideas, y cuando éstas sean comprendidas fácilmente, tenemos ya abierta una gran vía para que hagan su entrada triunfal en el ánimo los sentimientos delicados, las emociones morales, que complementan la educación de los niños.

Los cuentos maravillosos, como ya indicamos ántes, son acogidos con avidez por las inteligencias infantiles. En materia de relaciones sorprendentes y extraordinarias, no reconocemos otras más dignas de la razón humana que las que se refieren á los fenómenos naturales.

¡Cuánto mejor será explicar los hechos admirables de la naturaleza, que seguir forjando fantasmas en la imaginación de los niños! Bien sé que es muy difícil quitar toda la aridez á las maravillas de la ciencia, pero ¿acaso no es mucho más penoso arrancar del ánimo de la infancia tantos errores como se

graban desde muy temprano en su ánimo?

Soy enemigo de los cuentos de hadas, de igual modo que de cuantas historias fantásticas que carecen de un sentido práctico. Preséntense enhorabuena personajes nada reales, pero simbólicos; pase porque los animales hablen en verso y tengan las mismas pasiones humanas, toda vez que con ciertos hombres sucede lo contrario; pero de ningún modo se forjen apariciones y fantasmagorías, que el mismo niño con su sentido común naciente se resiste á creer. Si gustan muchos hombres de ser engañados, no vemos la razón de engañar á los niños, ávidos de saber el por qué de todo.

Vale más contestar al preguntoncillo librepensador (porque no hay nada tan librepensador como un niño) con las palabras de una pobre madre: «Eso lo sabrás más tarde, cuando seas mayor», que darle una respuesta oscura, alambicada, y sobre todo poco sincera.

La sinceridad y la franqueza son dos cualidades del niño, pero, triste es decirlo, no son el patrimonio de los que nos llamamos gentes formales.

A mi juicio, los padres deben tratar de captarse la confianza de sus hijos, no alarmándoles con rigor excesivo, ni familiarizándoles hasta el punto de que estén á dos pasos de perder el debido respeto á los autores de sus días. De esta suerte la obediencia no será un deber penoso, sino el cumplimiento de una necesidad moral, propia de quien no tiene la experiencia necesaria para vivir. Adquirida esa confianza entrañable, se puede educar perfectamente á los niños, con decirles tan sólo: «Eso no debe ser, eso no puede hacerse». ¿Cómo quieren conservar la disciplina doméstica las padres que no tienen el talento suficiente para no hacer gala de sus reyertas constantes sobre cualquier punto?

Cuando el niño ha cometido alguna falta, no le aturdaís con gritos, no exciteis su sistema nervioso brutalmente con un golpe; hacédle comprender su falta, y permaneced serios, dejándole á solas con su conciencia. Él mismo será su juez.

Uno de los primeros libros con que yo me lacté literariamente fué el de Ducray-Duménil, titulado *Las Tardes de la Granja*; el sistema empleado por el bueno de Palemon, labrador de zarzuela, pero amantísimo padre, es el mismo que utilizaron las señoras de Genlis, Leprince de Beaumont, etc. en sus obras, donde mezclaron lo útil con lo agradable, lo instructivo con lo deleitoso. Encuen-

tro, sin embargo, más sencillez en el libro citado, pues después de una acción censurable, aplica como remedio moral, el amoroso y simpático protagonista, una relación verdadera, por lo menos en las apariencias, en que se hace resaltar la falta, anunciando las consecuencias terribles que puede originar.

Esto es lógico, y porque da buenos resultados lo vemos aplicado á la educación de las sociedades, que como los niños tienen también su período inconsciente, y cometen muchas veces actos reprobables. Los hombres de ingenio y de corazón, que ambas cosas son necesarias al que educa, se limitan á representar artísticamente los hechos de la vida común, con toda la realidad posible, demostrando las consecuencias de obrar mal, pintando los desórdenes que provoca la falta de sentido moral, los excesos y los vicios. Después, si los pueblos tienen conciencia, ella les indica el verdadero camino de la felicidad, mejor que cuantos castigos y martirios se ideen para atormentar al hombre.

El libro, el teatro: hé aquí las dos palancas más poderosas para la educación intelectual y sentimental del niño y de la humanidad en general.

Aficionemos desde muy temprano los niños á los libros, haciéndoles amar ese compañero, siempre dispuesto á llamarnos al deber y á enseñarnos la verdad. Quizá sea sospechosa mi recomendación, por el decidido amor que tengo á todo lo impreso, siempre que no sea como esos falsos amigos, que á semejanza del parásito que pinta con tanta verdad Plauto, agoten nuestra iniciativa, y nos suman en un abismo de impotencia. Los libros, como los conocidos, no deben merecer nuestra confianza mientras no contemos con su lealtad; por nuestra parte es preciso obrar con ellos bien, estudiándoles á fondo sin tratarles superficialmente. Si así fuera, en lugar de proporcionarnos un placer intelectual, nos inspirarán un hastío físico.

Vale más conocer pocos libros y buenos, que ser grandemente erudito y no tener criterio formado acerca de la bondad de los autores que se consultan diariamente. Las lecturas bien dirigidas son provechosísimas; los espectáculos bien ideados, y mejor comprendidos, de una utilidad indiscutible.

Conviene no dejar toda clase de libros en las manos de los niños, pues así como dice Fierbach: «Díme lo que comes y te diré lo que eres», podría añadir: «Enséñame lo que lees y sabré cómo piensas». Separemos del

alcance del niño ese *forraje literario*, como llama un joven y eminente bibliófilo á los productos de contrabando con que se tropieza en las librerías, y escojamos libros realmente útiles, tratando de formar una biblioteca infantil variada. Innumerables escritores de verdadero mérito han escrito libros de gran valer y de condiciones artísticas inmejorables; con ellos se puede hacer mucho bien.

Prometimos volver á decir algo sobre el teatro, y en ninguna ocasión podíamos recordar mejor nuestra promesa. Sería ocioso encomiar la importancia de la que se ha llamado escuela de costumbres. Lo único que debemos recomendar es que, como higiene fónica y aprendizaje social, se les anime por vía de recreo á representar escenas cortas, pero sentidas, ya históricas, ya de la vida común, con lo cual se afinan los sentimientos muchísimo, y, sobre todo, se adquiere el dominio de la palabra, la cual, si se pone con elocuencia al servicio de la verdad y de la justicia, circunda de gloria la frente humana y arroja torrentes de luz en las conciencias.

Un académico venerable y laborioso, don Francisco Cutanda, tuvo la idea de propagar estas creencias, y propuso la formación de teatros infantiles, de un género nuevo, pero que dará muy buenos resultados caso de aplicarse como él indicó.

La dificultad más grande con que tropiezan los *empresarios* infantiles consiste en que sus actores microscópicos pierden en escena la serenidad, cualquier incidente les distrae, con perjuicio de la estética dramática. Y no es necesario que vayamos á un teatrillo de estas condiciones; en la misma sala donde media docena de personas celebran los días de una mamá cualquiera, ésta se ve apuradísima para hacer que el niño recite la fábula, ó Pepita la gracia que tanto la cautiva y embelesa. No falta quien dice: «Nos taparemos la cara, para que no tenga vergüenza»; pues eso es precisamente lo que hace Cutanda, tapa la cara de los espectadores, y para ello no levanta el telón, con lo cual se ahorra gastos de *atrezzo*, hasta el extremo de haber escrito para el *Teatro de los Ciegos*, nombre con que le bautizó el autor, un episodio bíblico, cuyos personajes son Eva, Adán y demás habitantes de la mansión paradisíaca. No le falta razón á dicho señor; el auditorio estaría más atento, según es costumbre cuando se escucha algo que no se ve. Esto sería un esbozo del teatro casi formal, un cuadro sin

color, si, como dice Demócrito, la palabra es la sombra de las acciones.

En España, á imitacion de otros países, hay periódicos dedicados exclusivamente á los niños, que cumplen bastante bien su tarea, si tenemos en cuenta los escasos elementos de que pueden disponer en un punto donde se lee muy poco, y aún eso sin saber con exactitud lo que se lee. Merecen, pues, el apoyo y proteccion de todos aquellos escritores que se dediquen á instruir la infancia y den á luz trabajos en armonía con lo manifestado (1).

La escritura y el dibujo deben ser complementarios; la primera retrata el pensamiento con ideas, el segundo representa todos los cuadros con líneas. Su utilidad es manifiesta, por ser uno de los medios que tiene el hombre para comunicarse con los demas; por lo tanto, la dactilología debe ser conocida, toda vez que el sordo-mudo es un semejante nuestro, el cual tiene los mismos derechos que nosotros, conquistados en buena hora para él por la ciencia.

En una palabra, lo que la razon natural indica es que, para que emprenda el hombre su excursion por la vida, necesita llevar todo lo necesario para cualquier evento, á fin de que jamas se lamente con amargura de la poca prevision de los que le lanzaron á la lucha de la vida sin condiciones para el trabajo, y sin medios para resistir los embates de las pasiones propias ó ajenas.

Aún mayor cuidado exige el empalme de la educacion doméstica con la instruccion escolástica, pues una vez encaminado por una senda determinada del trabajo humano, no es posible retroceder. Antes de lanzar al niño por un derrotero de éste ó del otro género, conviene estudiar sus particulares aficiones, si es que no se quiere hacerle desgraciado, recordando con el prudentísimo Asuero (2) que «ni la educacion ni la más obstinada voluntad pueden desarrollar el talento á que se aspira cuando la naturaleza dejó de conceder la aptitud necesaria para éste».

Acostúmbrese al niño á que piense, dando racionales respuestas á las preguntas que

(1) Son publicaciones recomendables, bajo el punto indicado, el «Teatro Infantil», bajo la direccion del señor Ossorio y Bernard y la colaboracion de otros escritores, «La Ilustracion de la Infancia», «La Niñez», etc. Renunciamos á enumerar las extranjeras, que son numerosísimas.

(2) Doctor Asuero, — «Discurso inaugural de 1855 á 1856.»

haga. En mi sentir, tanto el padre como el maestro han de ser *popularizadores* de la ciencia. Empleando el método inductivo, hágasele que respete sin adoracion, estudie sin rutina, discuta sin pasion, hable sin exageraciones. Póngasele ante la naturaleza y hágasele notar las bellezas del arte, enseñándole las verdades científicas; nada de férulas, nada de lazos opresores y atrofiantes, y sobre todo, refréñese el espíritu de destruccion.

«Principia un niño por ensuciar una pared, escribe el venerable Hartzzenbusch, y no se le corrige: un dia manchará la reputacion más limpia. Maltrata hoy una escultura y da fin de un olmo: despues golpeará y herirá carne humana.»

¡Qué gran verdad encierran estas líneas! Los dias primeros no deben desperdiciarse; empiece ya en la casa á conocer el alfabeto, á leer, si es posible, y vaya á esa otra madre llamada escuela de párvulos, donde encontrará, ó deberá encontrar, amables y bellos rostros de señoritas, en un hermoso edificio, cuya organizacion interior ha de ser fiel trasunto de la sociedad. De este modo, se deja á la madre el corazon de su hijo, puro, inocente; más aún, se trata de secundar hábilmente la tarea de quien es la poesia del hogar; pero en tanto, el cerebro del futuro ciudadano recibe los vivificantes rayos de la instruccion, con cuyo suave calor fructificará su inteligencia.

En uno y otro caso no se dejarán pasar esos momentos supremos en que se nota el fulgurante llamear del genio, y que revela seres extraordinarios. Sin embargo, de intento no hemos querido en el lugar correspondiente hablar de ellos; no se trata de escribir anécdotas, ni tampoco de educar ingenios sorprendentes; éstos son muy raros, y creo con toda verdad que sería peligroso hacer concebir esperanzas á padres amantísimos en exceso alucinándoles con la descripcion de esas maravillas, de esos portentos, que me hacen el efecto—y al decir esto no quiero ofender á nadie—de las monstruosidades que contemplamos en las salas de teratología. Cerebros privilegiados que no están en armonía con lo restante del cuerpo, seres delicados como las plantas raras y exóticas, que, en nuestra categoría de vulgares jardineros, no estamos obligados á presentar. Ningun padre debe desear tener hijos de este género, pero cuando la suerte les destine uno, le pondrán en condiciones de que sea útil á

si mismo y á la patria, recordando el precepto ya tan repetido como poco aplicado de *mens sana in corpore sano*.

Vigile activamente la vida del niño, mejor dicho, sea el padre quien la reglamente, apartando el ocio y las malas compañías, sin abrumar con estudios difíciles su inteligencia y proporcionándole juegos instructivos é higiénicos á la par. Tan insoportable es el niño silencioso y cejijunto que se encorva sobre los libros cual valetudinario desengañado, como el enredador muchachuelo, insolente con todo el mundo y poco dado á trabajar. Con éstos, cuando la desfachatez es aguda y la desaplicacion crónica, conviene aplicar algun excitante de la sensibilidad periférica que le llame al deber el suficiente número de veces, para que la memoria activa se convierta en pasiva y no sobrevenga una exacerbacion ó reincidencia del mal. Un comprofesor de muy buen entendimiento, y experto en estos asuntos, me recomendaba con gran eficacia este remedio, *radical* segun repetia mi querido amigo. Aunque no soy muy dado á este tratatamiento, creo, sin embargo, que sucede con esto como con la sangría: está indicada en ciertas ocasiones.

De todos modos, el objeto principal consiste en educar un niño que con el tiempo ha de ser un jóven, quien, como piensa acertadamente Valera de Montes, «ha de ser fuerte, pero sensible; valeroso, pero prudente; gozar de los placeres de la mesa, pero sin gula; ser parco, pero sin melindres; jovial, sin frivolidad; amable, sin afectacion; respetuoso, sin humillarse, y pensador, sin orgullo».

MANUEL TOLOSA LATOUR.

(Continuará.)

ESTUDIOS SOBRE ECONOMÍA POLÍTICA

DE LA PROPIEDAD.

La propiedad, el nombre lo indica, es la cosa propia de cada uno. La primera propiedad de cada uno es la de su persona y sus facultades, ó sea la potencia para hacer alguna cosa. Bajo este punto de vista se confunde la propiedad con la libertad, y áun podríamos añadir que se confunde bajo cualquier otro, porque el derecho de propiedad no viene á ser otra cosa de hecho para el propietario

sino la libertad exclusiva de usar de su cosa; es, pues, positivamente una libertad particular, exclusiva, así como la libertad es una propiedad comun á todos. La palabra propiedad implica, es cierto, una cosa que no es la persona ni las facultades del propietario; pero la de libertad ¿no careceria de significacion si no implicase tambien una cosa semejante? ¿Qué vendria á ser la libertad de respirar sin la atmósfera, de ver sin la luz, de circular sin las vías de comunicacion, de trabajar sin la materia laborable? No hay que darle vueltas, no hay otra diferencia fundamental entre la libertad y la propiedad, sino que la libertad no es otra cosa, en último término, sino el *derecho comun*, y la propiedad el *derecho particular ó exclusivo*. De donde surge naturalmente la cuestion siguiente:

Pero siendo eso así, se nos dirá, ¿por qué el derecho comun se convierte en exclusivo en algunos casos? ¿Por qué en esos casos se convierte la libertad en propiedad? Porque no puede ser de otro modo; porque así la libertad como la propiedad, está determinada por la naturaleza de las facultades, por las circunstancias del medio en que se ejercen, y por el fin que nos proponemos al ejercerlas; de suerte que, si la propiedad es determinada entre límites más estrechos que la libertad, consiste en que las circunstancias de su determinacion no permiten otra cosa. Todos podemos usar de la atmósfera para respirar, de la luz solar para ver, de las vías de comunicacion para circular, del mar para navegar, etc. De todas esas cosas puede servirse todo el mundo, y el derecho comun de usarlas constituye, segun nosotros, la libertad; pero todo el mundo no puede usar de un alimento para poder vivir, de un vestido para abrigarse, de una casa para habituarla, de una máquina para trabajar, de un campo para cultivarlo, etc.; por consiguiente, semejante clase de cosas deben reservarse para el uso exclusivo de alguno, deben ser apropiadas, y el derecho exclusivo de usarlas constituye su propiedad. Lo que al usarlo queda destruido, no puede pertenecer sino á uno solo, porque en este caso, el que lo usara atropellaria el derecho comun; y para respetar este derecho, sería preciso prohibir á todos el usarlo, lo cual sería un absurdo. Los alimentos se hallan esencialmente en ese caso, y claro es que, si se prohibieran para todos, equivaldria la prohibicion á una sentencia de muerte general. La propiedad es, pues, tanto ó más necesaria para la vida co-

mo la libertad. Los vestidos están casi en el mismo caso que los alimentos; y otro tanto se puede decir de las casas, las máquinas y de la tierra, por más que otra cosa se diga. La propiedad tiene la misma razón de ser en todos los casos á que se aplica, á ménos que proceda de algun privilegio, en cuyo caso es sólo facticia, contraria al derecho comun, á la libertad y, por consiguiente, á la justicia.

Pero ¿á quién deben pertenecer las cosas que no pueden pertenecer á todos, ó lo que es lo mismo, que no pertenecen al comun? Hé ahí la gran cuestión que promueve el derecho de propiedad; cuestión que no da lugar á duda alguna cuando se trata de las cosas producidas, de la riqueza producida, puesto que éstas se atribuyen por asentimiento general á los que las producen ó concurren á su producción. Entre éstos, los unos suelen ser empresarios, otros capitalistas, y los más, en general, asalariados; y debido á los convenios que estipulan tácita ó expresamente todos ellos, el producto pertenece, desde luego, á los primeros hasta que pasa á otras manos por medio del cambio, la donación ó la herencia. En este caso, evidentemente, el derecho de propiedad se ha fundado en el trabajo, y bajo ese punto de vista, podemos decir ya que las cosas que no pertenecen á todos, pertenecen á aquellos que, ya por su trabajo, ya en virtud de los convenios á que se presta el trabajo, las han provisto de las calidades que estimulan á su apropiación, las calidades que constituyen su riqueza. Este derecho no es, pues, en tal caso, sino como una extensión de la personalidad del producto ó productores á las cosas exteriores; modificadas por el uso de las facultades personales, participan, hasta cierto punto, de la naturaleza de la persona y de sus facultades, y se convierten, por lo mismo, en una propiedad por el mismo título que la de la persona y la de las facultades; y debemos notar que no se las apropia únicamente para disfrutar las modificaciones que se les ha hecho recibir; y, como esas modificaciones son obra del productor exclusivamente, y el productor no las gozaria, ó no gozaria de su valor sin la propiedad de las cosas modificadas, deben pertenecerle exclusivamente, ya que de otro modo no las modificaría.

Pero ese derecho de propiedad fundado en el trabajo, que domina evidentemente la producción y la distribución de la riqueza, que es por lo mismo una de sus leyes natu-

rales, ¿es universal? ¿No existen además uno ó muchos derechos de propiedad á más de éste? Vemos, en efecto, que se atribuye la propiedad prescindiendo de ese principio; pero nadie podrá sostener que tales atribuciones se hallen fundadas en un verdadero derecho, en una ley natural; y como las más de las veces se falta en ellas al derecho fundado sobre el trabajo, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que ese derecho es universal, único, y que cualquiera otro pretendido derecho de propiedad, no es sino un pretexto para confiscar la propiedad. Además, lo que generalmente nos apropiamos es la riqueza, y ésta, generalmente también, procede del trabajo.

Se dice que el derecho de propiedad no tiene nada de absoluto, puesto que es el resultado de una convención consagrada, cuando no constituida por la ley positiva, cuya convención puede cambiar al compás que la ley. Si se llama convención al consentimiento de todos en la apropiación por el productor de las cosas que ha modificado, no tendremos inconveniente en conceder que así pueda ser; pero si se pretende que ese consentimiento es arbitrario, autorizado sólo por la ley positiva, que le ha reconocido y consagrado, protestamos con toda la energía de que somos capaces, en nombre de los hechos, en nombre de la ley natural, que se halla por encima de la positiva. Hemos demostrado más arriba la necesidad natural, é ineludible por lo mismo, de apropiarnos ciertas cosas, como los alimentos, dijimos; por consiguiente, el que no es propietario del pan, con el cual se está alimentando, no tiene derecho para ello, carece del primer elemento de vida, no puede vivir. ¿Es la ley positiva, por ventura, la creadora de esa necesidad? Ciertamente que no. En cuanto al consentimiento de todo el mundo, respecto á la apropiación del alimento para vivir, es exactamente de la misma naturaleza que el que supone cualquiera otro acto exterior de la vida en el seno de la sociedad: todo el mundo consiente que otros trabajen, que circulen, y en todos los demás fenómenos de la actividad social; ni sería posible la sociedad en otro caso. Por necesidades de la misma naturaleza, bien que imperiosas en distinto grado, se explica la apropiación de las cosas que no son alimentos, cuya apropiación lleva en sí el consentimiento de todos, por el mismo título que le lleva el concedido á los alimentos.

Si la ley positiva creara la propiedad, po-

dria destruirla también; pero entonces las palabras *privilegio, abuso de autoridad, confiscación, etc.*, ¿qué significación tendrían? Ninguna; no nos harían falta. Jamás ha faltado á la ley positiva la presunción y pretensión á derechos ilimitados, y harto sabemos todos el cúmulo y la gravedad de los conflictos á que esa pretensión ha conducido á las sociedades; sin embargo, poderosa razón debiera encontrar, si la buscara, para no mostrarse tan presuntuosa—la consideración de que no se engendra á sí misma, que es obra humana, y que para hacerla hubo ó debió haber motivos en que apoyarla, en los cuales residen los principios que, sin razón fundada, se suponen en la misma ley. Ella no es, relativamente á esos motivos, sino un reconocimiento, una declaración y una fuerza para imponerla á todos. Darle otro carácter sería deificarla, sería caer en idolatría. Verdad es que ha hecho propietarios porque ha hecho la esclavitud, lo cual basta para juzgar su pretensión á constituir el derecho de propiedad.

Se ha dado en decir que la propiedad territorial era más especialmente que las demás el resultado de una convención más ó menos arbitraria, instituida por la ley positiva. En dos razones se apoyan los que tal dicen, una puramente histórica, y la otra especulativa. La primera es debida á la consideración de que, allá en tiempos muy remotos, cuando la tierra no pertenecía *primo ocupanti*, hacían presa de ella los conquistadores, quienes la reservaban para sí ó la distribuían entre sus cómplices, ó compañeros, si tal se quiere; la segunda, la razón especulativa, es debida á la consideración de que la tierra, independientemente de las modificaciones que le hacemos sufrir, no es un producto de nuestras facultades. Examinemos, pues, el valor de ambas.

Desde luego, y ante todo, debemos eliminar la consideración que se refiere á la conquista; porque ésta, lejos de constituir un derecho, es sabido que los viola todos, y más particularmente el de la propiedad. En nuestra época nadie ve en la guerra ningún principio de nada, á no ser el de destrucción; así que hoy, sólo por error, por apasionamiento ó por injusticia, se hacen las guerras, como necesarias por desgracia del género humano. La razón histórica queda, pues, reducida al hecho llamado *ocupación*.

Pero la ocupación difiere esencialmente de la propiedad. La ocupación por sí sola no implica la modificación de la tierra; nada de

suyo pone el hombre en ella; en una palabra, no la *apropia* á su naturaleza, á sus necesidades ni á su conservación; el trabajo sólo cumple esa modificación; sólo él, por consiguiente, *apropia* y constituye la propiedad. La propiedad, en efecto, cuando no se refiere á la persona ó á las facultades personales exclusivamente, es decir, á la libertad propiamente dicha, implica la riqueza. La ocupación no produce riqueza, y no puede ser, por lo mismo, fundamento de propiedad. Los animales ocupan la tierra, pero no adquieren su propiedad; se dirá que no la adquieren porque el hombre les niega ese derecho. ¿Pero no le niega igualmente á su semejante cuando éste quiere fundarle en la ocupación pura y simple? ¿Cuál entre nosotros, con la noción de propiedad que tenemos, se creerá obligado á respetar la pretensión de cualquiera otro, de gozar exclusivamente de una tierra que ocupara sólo á la manera que la ocupan los demás animales? Ninguno. ¿Cuál, por el contrario, con la misma noción, á menos de ser un conquistador ó un bandido, no se creerá obligado á respetar una cabaña ó un campo cultivado? De ahí que todos reconozcan el derecho de propiedad fundado sobre el trabajo, aún cuando se trate de la territorial. Ni la ley positiva procede de otra manera cuando no reconoce el derecho de ocupación más que á las sociedades, llamándole derecho público, el cual no es un verdadero derecho de propiedad. Este es eminentemente exclusivo, privado y le reserva; y, al reservarle, da bien á entender que no ve su fundamento en la ocupación. Un derecho de propiedad fundado en la ocupación pura y simple atacaría el derecho común, la libertad, y sería por consiguiente injusto, además de que impediría ulteriores trabajos de apropiación indispensables á la prosperidad pública. Se comprende que verdaderos derechos diferentes se limiten recíprocamente; pero no se comprende que se anulen ó supriman recíprocamente, que es lo que haría el derecho de propiedad, fundado sobre la ocupación, respecto á la libertad. En efecto, en virtud de semejante derecho, podría un individuo llamarse propietario de una gran extensión de terreno, y prohibir su acceso á cualquier otro; de suerte que entre algunos individuos podrían apropiarse el globo entero. Consideraciones de la misma naturaleza se oponen á la propiedad de *manos muertas*, que podría igualmente absorber toda la tierra ocupada.

Se comprende muy bien que el derecho de propiedad fundado sobre la ocupacion pura y simple no haya obtenido ni obtenga el consentimiento general; y aunque hechos más ó ménos numerosos é importantes hablen en su favor, es una prueba muy débil. La guerra y la confiscacion, mucho más que la ocupacion, han sido fundamento de la propiedad en todos tiempos. ¿Quién las admitiría hoy como principio de propiedad? Hasta la experiencia de la época presente viene en nuestro apoyo. En California, como en Australia, la ocupacion confiere al minero el derecho de beneficiar el suelo para apropiarse los metales que encierra; pero este derecho, limitado desde luego á una superficie dada, calculada por lo que un hombre puede beneficiar por sí solo, no es positivo hasta que un beneficio verdadero, es decir, el trabajo, venga á consagrarle en plazo determinado y corto; y aún así no es definitivo sino á condicion de un beneficio constante, y si el trabajo se suspende durante un tiempo tambien determinado, se entiende que el derecho ha caducado. Un principio análogo domina la legislacion de España y de las que fueron sus colonias, respecto á minas. Semejantes ejemplos, é infinitos más que podrian citarse, prueban suficientemente la necesidad y la universalidad del derecho de propiedad fundado sobre el trabajo; prueban además que si ese principio no ha sido siempre el único, es el único que puede subsistir al lado de la civilizacion que hemos alcanzado, de igual modo para la tierra que para cualquier otra cosa. Es el único, efectivamente, que se presenta con los caracteres de una ley natural, de un hecho necesario y universal.

La razon puramente especulativa se reduce á pretender que la propiedad territorial es más que ninguna otra el resultado de una convencion más ó ménos arbitraria ó instituida y consagrada por la ley positiva; es decir, que, independientemente de las modificaciones que el trabajo produce en ella, la tierra no es producto de las facultades humanas. Esta razon es más especiosa aún que la razon histórica, supuesto que eso mismo se puede decir de todas las demas cosas que se apropian. No hay ninguna, en efecto, que no implique más ó ménos materia, y sabido es que ninguna materia es producida por el hombre. La propiedad de la cual derivan todas las demas, la de la persona, se halla tambien en ese caso, ya que el cuerpo humano se compone de materia, de la cual el in-

dividuo no es más productor que de la tierra que cultiva; de suerte que, atendiendo á esa razon, admitiéndola como buena, no existe propiedad alguna, ni siquiera la personal, la libertad; pero, por otra parte, se asegura que el hombre es libre, señor, propietario de sí mismo y de sus facultades; por consiguiente, se admite que debe ser propietario de la materia que ha modificado; y esto es admisible con tanta más razon, cuanto que esa modificacion tiene sólo por objeto su propia conservacion y el desarrollo de su persona y de sus facultades; debe, pues, ser propietario de ellas por el mismo título que es señor y propietario de las facultades que las han modificado, supuesto que esas facultades las modificaron; á no ser así, lo repetiremos, no las modificaria; pero si no las modificase no podria conservarse, no viviria. Esta reflexion es la misma que hemos hecho ya para explicar que ciertas cosas que no podian pertenecer á todos, que no podian ser comunes, debian ser apropiadas por alguno. La tierra se halla evidentemente en ese caso, y en tanto que en él se halle, y en la hipótesis de que no se halle siempre, debe ser apropiada. Apesar de cuanto á este respecto vamos diciendo, el que modifica la tierra no debe ser propietario de ella, á no ser que al modificarla no impida el uso de las facultades de otro para un objeto de la misma naturaleza, y que la apropiacion que se haga no constituya la expropiacion de otro; cuya condicion puede satisfacerse mucho mejor por el principio que hace derivar la propiedad del trabajo, que por la hipótesis que la deduce de las prescripciones de la ley positiva, puesto que el límite de accion del trabajo individual es muy circunscrito, al paso que la ley positiva puede con una plumada disponer de todas las Indias occidentales, como pretendió hacerse con la conocida bula del papa Alejandro VI, despues del descubrimiento de las Américas.

Verdad es que no todas las apropiaciones implican igual cantidad de materia, ni ésta es tan necesaria para todas. El trabajo agrícola, por ejemplo, implica la apropiacion de mayor cantidad de materia que el del minero, el pintor, el escultor, etc., etc.; sin embargo, el principio es el mismo siempre, y tan absoluto para el trabajo agrícola como para todos los demas; es decir, que si el agricultor no debe adquirir la propiedad del ejercicio de sus facultades sin apropiarse la tierra, tampoco el escultor puede apropiarse

sus obras si no se debe apropiarse el mármol ó la arcilla para modificarlos.

Convendremos, apesar de todo, en que esa necesidad, respecto á la agricultura, tiene algo que parece exorbitante á primera vista, en cuyo algo se encuentra, segun algunos, semejanza con el privilegio; pero examinando atentamente las condiciones en que se encuentra esa propiedad, se viene luego en conocimiento de que no aparece en ella ni siquiera la sombra del privilegio en la verdadera acepción de la palabra. En efecto, el interes que produce la tierra á todos los que han pagado su valor es muy inferior al que produce la propiedad mobiliaria, y ademas, está mucho más mortificada que ésta por la arbitrariedad de la reglamentacion que sobre ella pesa. En cuanto á la apropiacion primitiva de la tierra, á juzgar por lo que pasa á la vista de todos, tampoco se la puede considerar como un privilegio, puesto que en América se ofrecen tierras de la mejor calidad y en excelentes climas sin más gravámen que el de su beneficio, y sin embargo, son muy pocos los que se presentan á pedir las. Lo cierto sobre el particular, á nuestro juicio, es que las reclamaciones y quejas que se vienen produciendo, inconscientes en su mayor número, contra la propiedad territorial, son debidas á que se le da, á sabiendas quizás de que hoy no es así, un origen exclusivamente feudal, que es contrario evidentemente al principio universal de la propiedad; son debidas á la constitucion tiránica que aquel régimen les diera; son debidas á las servidumbres que instituia; son debidas á las odiosísimas reivindicaciones que prescribia. Pero ese vicio original, que se ha conservado hasta tiempos no remotos, y del cual, preciso es confesarlo, quedan algunos vestigios aun en los países más civilizados, desaparece cada dia con más fuerza, bajo el imperio de los hechos económicos dominados por el principio universal de la propiedad, y puede preverse ya que no tardará en pasar en su totalidad á manos de los que la cultivan, y entonces será tanto menos privilegiada, cuanto el precio de la tierra tiende cada dia más y más á ser el equivalente de lo que cuesta ponerla en produccion.

Por último, la propiedad territorial ha aparecido en todas partes mucho ántes que su legislacion correspondiente, lo cual prueba hasta la evidencia que no debe su origen á la ley positiva; á no ser por esa feliz circunstancia, no habria sido fácil adquirirla;

porque, si las sociedades de pastores y cazadores, por ejemplo, hubieran tenido legisladores á nuestra usanza, habrian consagrado por la ley positiva, sin duda alguna, el principio de la propiedad comun del suelo, que constituia el fundamento de su organizacion ó economía; por consiguiente, la propiedad agrícola por lo ménos se habria encontrado con obstáculos tan sistemáticos y tenaces, que la habrian hecho imposible; no debemos creer, pues, que los haya encontrado. No exageramos nada: conocido es el espíritu sistemáticamente conservador de toda legislacion, y no sería necesario ir muy lejos ni emplear ímprobo trabajo para encontrar gran copia de ejemplos tan perceptibles como deplorables.

En cuanto á las extremadas consecuencias que se ha querido y quiere deducir de la apropiacion del suelo, como la propiedad de lo que se llama *sub-suelo*, sin límite determinado, no podemos aceptarlas. La propiedad territorial no implica sino el uso exclusivo de las cosas que garanticen al propietario el resultado de su trabajo presente y acumulado sobre la tierra. Todo lo que sobrepase esa garantía, se halla fuera de los límites de su propiedad. Se comprende perfectamente que la apropiacion del sub-suelo implique convenios con el propietario de la superficie; pero no que la primera se subordine exclusivamente y á capricho á la segunda; lo contrario, ni lo admitimos, ni lo comprendemos.

El derecho de propiedad, ó sea, como hemos dicho, la libertad exclusiva de usar de lo suyo, implica necesariamente el de transmitirla: 1.º porque la trasmision es uno de los medios de hacer uso de lo propio; 2.º porque á no ser así, serian imposibles la division de las ocupaciones, la distribucion y el cambio; lo cual sepultaria á las sociedades en el salvajismo para no salir de él. Por eso vemos, en efecto, que, salvo la inoportuna intermision de la ley positiva, se ejerce ese derecho en todas partes; el cual es de tanta mayor importancia, cuanto que, en general, el de propiedad se afirma y comprueba por el acta, tácita ó expresa, verbal ó escrita, de la trasmision, á la manera que se confirma y comprueba en la produccion la propiedad del emprendedor, por el acta ó convenio, tácito ó expreso tambien, con los asalariados y capitalistas; cuyos convenios ó contratos son verdaderos testimonios de trasmisiones de propiedad; y cierto que no se podria hallar en otra parte la justificacion de la pro-

propiedad de los emprendedores. Y si eso es así en la propiedad que deriva inmediatamente del trabajo, es decir, en los momentos que no cabe contradecir ese derecho en su origen, preciso es, con mayor razón, que no pase de otro modo cuando el derecho de propiedad procede sólo de la trasmisión: en este caso, la justificación de la propiedad no puede hallarse sino en el contrato de trasmisión que la comprueba, y cuando la cosa sobre la cual recae es de tal naturaleza que pueda durar más que el propietario ó durar siempre, como la tierra, no es posible justificación verdadera, si se prescinde del acta de trasmisión. Por eso todos los títulos justificativos de la propiedad inmóvil residen en las actas de trasmisión, que prueban las ventas, las donaciones ó las herencias.

Es una gran felicidad, una gran ventaja para la sociedad, el que los títulos justificativos de la propiedad residan en las actas de trasmisión; puesto que, en otro caso, sería preciso buscarlos en la simple posesión, ó recurrir al origen de la propiedad; y por semejantes medios estaría siempre en problema su legitimidad. Hé ahí una circunstancia que creemos habrá contribuido en mucho quizás á que se formaran algunos la idea de que la propiedad era instituida por la ley positiva. Esta, en efecto, ha reglamentado con tanta minuciosidad y arbitrariedad las condiciones de su trasmisión, que ha podido dar lugar á creer que sólo ella la creaba; y tanto más ha dado lugar á esa creencia, cuanto ha recargado la trasmisión con impuestos tan notablemente injustos, que saltan á primera vista, puesto que no los ha hecho gravitar igualmente sobre las demás propiedades. Si el legislador, por un increíble exceso de preocupación, no hubiera creído que la ley positiva era la creadora de la propiedad territorial, ¿se habría atrevido, so pretexto de su trasmisión, á atribuir una parte al Estado?

Se debe igualmente á que las actas de trasmisión sean los títulos justificativos de la propiedad el olvido de los vicios originales de la propiedad nobiliaria en Europa. Quiéranlo ó no los descendientes de los propietarios feudales, deben el gozar con seguridad en nuestra época su patrimonio secular á que la justificación de todas las propiedades reside en las actas de trasmisión, las cuales en nada difieren las unas de las otras, ni en el fondo ni en la forma, venga la propiedad del trabajo ó proceda de la confiscación. Esa misma circunstancia, las actas de trasmisión,

ha protegido grandemente las antiguas propiedades nobiliarias, adquiridas por título oneroso, y perfectamente legítimo, contra audaces reivindicaciones; y hoy protege también sin duda alguna las propiedades de la misma clase, que jamás han sido transmitidas por título oneroso, contra aquellas reivindicaciones, tan absurdas como inverosímiles, que podría sugerir su origen.

Siendo de importancia tan considerable la trasmisión de la propiedad, puesto que confiere á ésta su legitimidad, es necesario que se cumpla en las condiciones más puras de libertad y de responsabilidad, para que con la propiedad constituyan la justicia: esto es desgraciadamente lo que no se ha comprendido jamás bien, y lo que aún ahora se comprende bastante mal. Y de ahí ese lujo de reglamentación que se impone á los cambios, bajo todas las formas que revisten, produciendo las consecuencias más desastrosas, bajo el punto de vista del derecho de propiedad.

Todo cambio supone la comparación de las riquezas que se cambian, esto es, la medida relativa de esas riquezas, cuya medida no sería razonable si no se verificara con entera libertad por parte de los cambiantes, á satisfacción suya: en otro caso, no puede tenerse por legítima, no debe por lo ménos tenerse por tal la propiedad que determina, afirma y comprueba; por consiguiente, la reglamentación que pesa sobre esa medida económica, cuando no se limita á garantizar esa libertad, no puede dejar de falsear en más ó ménos el principio de propiedad, llevando á uno de los platillos de la balanza de la justicia distributiva el peso que pertenece al otro, por cuyo medio se atribuye á ciertos productores, tratantes ó consumidores la propiedad que corresponde á otros legítimamente.

No es más feliz la reglamentación cuando hiere la trasmisión de la propiedad inmueble, sea por título oneroso, gratuito ó hereditario. La propiedad, de igual modo que la riqueza, puede afectar infinitas formas; pero el derecho de propiedad no depende de ellas, y siempre que no se le reconoce en toda su pureza, se le ataca, se le viola. Los obstáculos que se oponen y las cargas que pesan especialmente á y sobre la trasmisión de la propiedad inmueble, son injustificables, y las fatales consecuencias á que arrastra á esa propiedad son incalculables. A eso es debido, si no en todo, en gran parte, la mala economía de la agricultura: aquí, porque impide

la division de esa propiedad; allá, porque impide la aglomeracion; en todas partes, porque se la obliga á contribuir con desmesurada desigualdad, con notoria desigualdad, al levantamiento de las cargas públicas; en fin, porque tiende á retenerla en las manos ménos aptas para sacar todo el partido posible, en sentido de la prosperidad general. Y no hay para qué hablar del impuesto, bajo el punto de vista de la propiedad. El impuesto es el jefe por excelencia de la reglamentacion arbitraria; y respecto al derecho de propiedad, el... cáos.

Por ese lujo de reglamentacion respecto á la propiedad, la ley positiva exagera extremadamente la aplicacion de un principio de justicia, representado por ella bien ó mal; el cual consiste, como hemos apuntado ya, en evitar el abuso al modificar la materia apropiable, esto es, en evitar que la apropiacion de ella por unos no sea ó pueda ser apropiacion de otros. Apoyada en este título se la ve reglamentar la propiedad minera, la de montes, de aguas, etc., etc., como para garantizar la seguridad, la circulacion, el aire, la luz á todos; para prohibir el beneficio abusivo del dominio público; para impedir *las manos muertas* (1); para autorizar las expropiaciones necesarias; en una palabra, para mantener la propiedad de cada uno dentro de los límites naturales que le marcan la propiedad y la libertad de todos, esto es, para garantizar la propiedad y la libertad á todos los demas (2).

(1) «Las manos muertas» no son verdadera propiedad, puesto que no son propiedad de los que las gozan, ni de los que las crearon, porque no existen ya, ni se pueden transmitir á voluntad, ni se apoyan en ningun derecho verdadero. En fin, perjudican á la prosperidad pública, y son incompatibles con la libertad, que es el derecho comun. La sociedad no puede, pues, aceptar su principio. Se compara algunas veces esa especie de propiedad á la colectiva de los ferrocarriles, canales, etc.; pero no hay razon para ello. Los caminos de hierro y los canales pertenecen en propiedad á sus accionistas, que pueden transmitirlos á otros, y están sometidos á expropiacion, á la cual no se someten «las manos muertas».

(2) La expropiacion por «causa de utilidad pública», locucion desgraciada, porque recuerda las teorías de «salud pública», no puede justificarse sino por la necesidad de garantizar la libertad, la propiedad y la responsabilidad, es decir, la justicia de todos. No supone de ninguna manera un derecho en el Estado superior al derecho individual: porque todos los derechos son individuales, y los derechos no implican superioridad ni inferioridad; por el contrario, excluyen toda graduacion, puesto que excluyen toda cantidad y hostilidad. Propiamente ha-

Ese principio, único que puede justificar la intervencion de la ley positiva en los actos individuales de semejante índole, reclama hoy la revision de una infinidad de disposiciones legislativas que le han desconocido. Era anteriormente tan mal comprendido que, en realidad, bien se podria decir que, en general, toda propiedad tenia sabor á privilegio. En efecto, el Estado, que se reputaba propietario general, otorgaba la propiedad como se otorga hoy el privilegio. Y de ahí ese aumento de disposiciones contrarias al derecho de propiedad y á la libertad; de ahí los derechos feudales, el vasallaje, las vinculaciones, la sustitucion, las manos muertas, las corporaciones, la venalidad de los cargos públicos, la reglamentacion arbitraria de la industria y el comercio, la prohibicion del préstamo á interes, la proteccion, etc., etc. De ahí, en fin, esa estrecha red de disposiciones caprichosas é insensatas que ahogaban la actividad humana, que continúan ahogándola en gran parte, que no sirven sino para falsear en la conciencia toda idea de derecho y de justicia.

Por último, es preciso ver en el principio fundamental de la propiedad como una idea de justicia, que se desprende lenta y trabajosamente del estudio del pasado, y que se desprende con mayor dificultad, porque entonces el trabajo era despreciado, infamado, como cosa que envilecia, como tarea de esclavos. Sólo la observacion y la experiencia han podido poner en claro esa idea, y la prueba de esto la hallamos en que el principio de propiedad se manifiesta, reconoce y acata más y mejor donde los fenómenos económicos son más numerosos y mejor observados que donde son relativamente pocos, y pasan sin que la razon se ocupe de ellos, desdeñados. Hé ahí por qué la propiedad es, en general, más respetada en la Europa occidental que en la Europa oriental, y en ésta más que en Asia y Africa.

B. ESCUDERO.

blando, no hay más derecho que el de libertad; todos los demas no son sino aspectos diferentes de éste, segun las diferentes facultades puestas en juego por la actividad libre.

EL ORIENTALISTA FRANCISCO BOPP

¿Qué sabio del siglo XIX merecería un puesto en la *Valhalla*, si ésta no acogiese en su seno á *Francisco Bopp*, el autor genial de la *Gramática comparativa*, el padre de la investigación comparativa de las lenguas, una ciencia que figura entre las mayores hazañas científicas de nuestra centuria, y cuyo efecto no se ha limitado á la lengua, sino que se ha extendido al parentesco genealógico de los pueblos, á su historia, á su religion, á su cultura y á su poesía más antiguas, saliendo de la *Gramática comparativa* nuevas ciencias, como la mitología y la historia de cultura comparativa?

Un favor particular de la fortuna hizo distinguirse en Alemania al mismo tiempo á tres hombres geniales en la misma ciencia, la lingüística, siguiendo cada cual una dirección distinta: dedicóse *Jacobo Grimm*, desde 1819 á 1837, á llevar á cabo la *Gramática histórica*, investigando el desarrollo de la lengua alemana en todas sus ramificaciones dialécticas desde su primera aparición en la historia hasta nuestros días, mientras *Guillermo de Humboldt* siguió sumergiéndose, desde el año de 1820, en problemas lingüístico-filosóficos, hasta que en 1836 dió á luz aquella gran obra lingüístico-filosófica titulada *Acercá de la diversidad de la estructura de las lenguas humanas y su influencia sobre el desarrollo espiritual del género humano*, una obra maestra, en comparación de la cual todas las anteriores parecen pobres ensayos. Por último, *Bopp* creaba la *Gramática comparativa*, proponiéndose conocer el origen de las formas gramaticales, lo cual lograba por medio de la comparación que ha de conducir al descubrimiento de las leyes físicas y mecánicas, según las cuales las formas de una lengua corresponden á las de otra. El nombre *Gramática comparativa* lo usó primero *Federico Schlegel*, y al adoptarlo no indicaba *Bopp* el término de su ciencia, sino el método. El mismo *Bopp* tuvo la fortuna de ver aún el florecimiento de la ciencia fundada por él, uniéndose aquellas tres direcciones, aquellos tres métodos diversos de la investigación, para formar una ciencia de la lengua en el sentido más alto. La separación entre la gramática histórica y la comparativa no era posible sino en la niñez de aquella ciencia; pero

ahora la una está por necesidad unida á la otra, y la filosofía de la lengua estriba en los resultados alcanzados por la gramática histórica y la comparativa. Así el método de *Bopp* es un eslabon necesario de un gran sistema científico. Él tiene el mérito inmortal de haber creado el método y hecho los descubrimientos fundamentales, dejando á otros el estudio detallado de todas las partes de la gramática y de las seudas lenguas. Sólo cuando por la reunión del método histórico y del comparativo se haya concluido hasta cierto punto la investigación de las seudas lenguas podría escribirse una *Gramática comparativa* que superase á la de *Bopp* en riqueza, en exactitud, sí, pero no en importancia, si medimos ésta según el influjo que producía sobre el desarrollo de la ciencia.

Nació el fundador de la lingüística comparativa, *Francisco Bopp*, en Maguncia, el 14 de Setiembre de 1791, de un empleado de la corte electoral. Cuando los franceses ocuparon la ciudad de Maguncia, el joven *Francisco Bopp* siguió á sus padres á *Aschafenburgo*, donde el distinguido orientalista *Vindischmann*, que dirigió el Liceo de aquella ciudad, despertaba su entusiasmo al estudio de los idiomas orientales, tratando el joven genial de penetrar en la naturaleza de la lengua por el estudio de las más antiguas del mundo.

Ya estaba preparado el terreno para un hombre dotado de fuerza genial como *Bopp*: el siglo XVIII se había interesado muchísimo por la clasificación de las lenguas, por los problemas relativos á la derivación de todos los idiomas de un idioma primitivo, y por el origen de la lengua. Ya existían bastantes colecciones, pero ordenadas solamente según puntos de vista geográficos ó etnográficos, y no según puntos de vista lingüísticos. Lo que faltaba á las colecciones y teorías del siglo pasado era la expresión determinada de dos nociones: la del desarrollo histórico de la lengua, y la del parentesco genealógico de las lenguas.

La primera de estas nociones, según ha demostrado la gramática alemana de *Jacobo Grimm*, no podía alcanzarse sino por la tradición histórica de una sola lengua y de sus dialectos, la segunda solamente por la comparación de las lenguas de pueblos distintos. Pero para que esta comparación pueda producir un resultado seguro, dando á conocer cierto parentesco, una de las lenguas ha de ser tan antigua que podría considerarse co-

mo lengua primitiva. Una lengua semejante es para el tronco indogermánico el *sanscrito*. Y Bopp apareció en un momento en que este idioma, gracias á sanscritistas distinguidos, se habia hecho ya bastante accesible á la ciencia europea.

Entre los sanscritistas mencionaremos á Wilkins, cuya gramática salió á luz en 1808, inaugurando la filología del sanscrito los ingleses Jones y Colebrooke. Uno de los ingleses que en la India habian conocido el sanscrito era Alejandro Hamilthon, que estableciéndose desde 1802 á 1807 en Paris, enseñaba aquella lengua á Federico Schlegel, que, como primer fruto de los estudios orientales, publicó en 1808 aquel ingenioso escrito que, titulándose *La lengua y la sabiduría de los indios*, introdujo la filología de la India en la ciencia alemana.

Al mismo tiempo empezó Bopp á ocuparse de estudios orientales, y para perfeccionarse en éstos salió en 1812 para Paris, no debiendo el conocimiento del sanscrito sino á sí propio. Ya despues de cuatro años transcurridos se publicó su primera obra, titulada *Acercas del sistema de conjugacion del sanscrito, su comparacion con el de las lenguas griega, latina, persa y germánica. Van adjuntos episodios de Ramayana y de Mahabharata*. (1) Podria llamarse este escrito piedra angular del edificio que él propio lograba construir del modo más grandioso en su *Gramática comparativa del sanscrito, zend, griego, latin, lituano, gótico, y aleman*, que salió en 1833, concluyéndose en 1852, despues de haberse extendido sobre el idioma viejo-slavo y el armeníaco. En su primer opúsculo puso Bopp los fundamentos de la lingüística moderna.

En 1817 salió para Lóndres, donde se encontraban los más preciosos manuscritos de la India, y como fruto de su estancia en la capital de Inglaterra publicó en 1819 su traduccion latina del bellissimo poema *Nala y Damajanti*, episodio más hermoso de la mayor epopeya india, que se titula *Mahabharata*. Siguiéron ediciones de otros episodios del mismo poema épico. En 1827 concluyó su *Siste-*

ma del sanscrito, al cual siguió, desde 1828 á 1832, su *Gramática crítica del sanscrito*, y en 1834, su *Gramática crítica del sanscrito, en forma más breve*, saliendo á luz un *Glosario sanscrito* en 1830. Si no fué creador en esa especie de trabajos, siendo el término de sus aspiraciones constantes su gran obra la *Gramática comparativa*, en cambio satisfizo las necesidades de los que se dedicaban á la filología india.

De regreso de Lóndres, trató en vano de alcanzar una cátedra en la Universidad de Wurzburg, considerando la facultad de filología de aquella universidad el sanscrito como cosa de lujo. Pero en 1821 fué llamado á Berlin,—merced al influjo de los hermanos de Humboldt,—como profesor extraordinario en lenguas orientales, siendo nombrado en 1822 miembro de la Academia de Berlin. Mientras estaba ocupándose de su *Gramática comparativa*, escribió un artículo que quizá da el testimonio más brillante del ingenio de su autor, demostrando que las lenguas *celtas* pertenecen al tronco *indo-germano*. Escribió tambien acerca del *Dialecto lituano* y *Sobre el albanes en sus relaciones de parentesco*; pero segun la autoridad del Sr. Benfey, uno de los filólogos más distinguidos de nuestros dias, no está á la altura de los demas trabajos de Bopp su obra titulada *Sistema de acentuacion*, que peca por lo erróneo del axioma fundamental, diciendo que la acentuacion más vigorosa y primitiva consiste en el retroceso del tono, perdiendo éste su fuerza si se acentuase el final. Tampoco estamos conformes con aquellas obras en que trataba de demostrar el parentesco de las lenguas *malayo-polinesias* con las *indo-germánicas*, pues falta la semejanza material respecto á las raíces y vocablos.

El autor de tantas obras, el fundador de una nueva ciencia, la *Gramática comparativa*, que ya ha arrojado tanta luz sobre la historia más íntima de los pueblos y sobre los misterios más profundos del espíritu humano, tuvo la fortuna de ver el quincuagésimo aniversario de la aparicion de su primera obra, el *Sistema de conjugacion*, celebrándose aquel dia con una fundacion que, llevando el nombre de Bopp, está destinada á la promocion de estudios filológicos.

Murió Francisco Bopp el 23 de Octubre de 1867, llevando á la tumba la gloria de haber sido tan buen padre de familia y hombre tan recto, tan modesto y conciliador como sabio.

He conocido á Federico Rückert, cuya per-

(1) Mahabharata y Ramayana se titulan las dos epopeyas gigantes que se han conservado de la antigua poesía épica de los indios, pintando la primera la lucha de dos familias de príncipes, que concluye con el exterminio de todas las estirpes nobles de los antiguos indios, mientras la segunda tiene por asunto la conquista de la India por Rama.

sonalidad noble respiraba la poesía de los sabios orientales. ¡Ay! ¡Cuántos años hace ya que voló á las regiones de la Verdad Eterna, despues de haber visto desaparecer niños suyos al corte cruel de Atropos atrevida! Pero lo que sentiré siempre es no haber conocido tambien al insigne autor de la *Gramática comparativa*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 4 de Noviembre de 1879.

LA FELICIDAD HUMANA

CUADRO DE COSTUMBRES

(Continuacion.)

La reforma moral se habia realizado. Razon tenia Marta cuando decia: «¡Bendita sea la desgracia!»

La desgracia, huésped vergonzoso acogido siempre con pavor, aunque sea Dios quien nos la imponga, hiere, sí, pero siempre para mejorarnos. Lo que destruye, es porque más ó ménos tarde habia de dañarnos; aquello de que nos priva suele ser causa de practicar las virtudes más olvidadas; las cargas que nos impone, siempre son inferiores á los dones que en cambio nos ofrece.

Eduardo aprendia de su amigo lo que ántes habia despreciado, y empezaba á avergonzarse ante el recuerdo de su vida anterior; ya ambicionaba adquirir por sus propios esfuerzos una posicion honrosa, aunque pecara de humilde, pero que dependiera exclusivamente de su mérito personal ó de sus virtudes puestas en ejercicio.

Marta, que conocia perfectamente al hijo de su antiguo novio, favorecia con suma habilidad la intimidad de los dos jóvenes, y, atrayendo á Enrique cerca de su sobrino, le aproximaba tambien á sus sobrinas... era un plan que no podia fallar. Si la amistad de Enrique mejoraba el sentido moral de Eduardo, su presencia debia ejercer una poderosa y feliz influencia en el carácter de Cecilia.

La joven aspiró á conquistar la estimacion del médico; para ello necesitaba perfeccionarse, reemplazando con el trabajo la ociosidad, con la caridad la indiferencia, con la verdadera piedad la mundana devocion.

La señora de Gil era muy otra; el tiempo

habia influido en ella, se habia entregado á un movimiento infatigable, no echaba de ménos los elegantes trajes de otras épocas; se habia habituado á las sencillas costumbres que ya formaban su vida. El hombre arrastrado por el movimiento mundano defiende la plaza que posee, la guarda cuidadosamente para que otro no se la arrebatase ó para evitar la cruel vision de los sucesores. ¡Y qué de esfuerzos, qué de fatigas, qué de trabajos para inventar y poseer adornos que llamen la atencion, para exhibirse en todas las reuniones, para figurar en todas partes y en todas las circunstancias!

Estas y otras reflexiones se hacia más de una vez la señora de Gil, y su genio y aun su salud habian mejorado mucho; ya no tenia penas ni males de nervios, honraba la benéfica brisa del campo, si bien hubiera sucedido lo mismo en Madrid á poco que hubiese recibido el benéfico influjo del trabajo.

La señora de Gil trabajaba, queriendo quitar el enojo que no hubiera conocido en la corte saliendo á la calle ó pidiendo distracciones al mundo; al efecto recurrió primero á trabajos agradables, pasando poco á poco á los de utilidad sin excitacion ni consejos... porque los hechos son más poderosos que las palabras para realizar una conversion completa. Al contemplar á sus hijas y cuñada trabajar para la familia y para los pobres, la señora de Gil no podia permanecer impasible; despues, el hábito se encargó de lo demas, y los dias pasaban insensiblemente.

El espíritu humano es elástico y admirablemente organizado para plegarse á todas las situaciones y aceptar el aumento, cambio ó disminucion total de posicion, y en todas las circunstancias conserva la integridad del juicio, gracias á lo cual no siempre la desgracia es tan grande como podria temerse.

Cualesquiera sean las nuevas situaciones de la vida, el hombre sabe acomodarse á ellas, encontrando imprevistas recompensas que recibe con gusto cuando nacen de la fuerza misma de las cosas.

Aquella señora, para quien el lujo era indiferente, apreciaba ahora sus muebles con gusto sin igual. Completamente ocupada, pensaba en sus guisotes preparados para la comida, y soñaba ante la perspectiva de las noches, destinadas á su favorita diversion, el tresillo. Verdad es que todo esto no era muy elevado ni carecia de egoismo, pero Dios es más indulgente que los hombres. Para

atraerles al bien emplea á veces sus mismos defectos.

En fin, la señora de Gil era, si no la mujer fuerte de la Escritura, una esposa y una madre ménos frívola que ántes. Ya no daba á la familia el triste espectáculo de la ociosidad, procuraba ganar lo que ántes despreciaba ó inútilmente perdía; sus reducidos goces le parecían tan grandes como los de otro tiempo. Positivamente jamas gozó tanto en medio de aquellas brillantes fiestas, que pasaron para no volver jamas, como gozaba con la visita del señor cura... cuarta persona para el tresillo de familia.

El señor Gil era un agricultor en cuyas manos la hacienda aumentaba; el porvenir era risueño á la par que tranquilo.

En resúmen, tal era la situacion de la familia Gil el dia en que el señor cura anunció el cambio de propietario del antiguo castillo de Laflor. La familia Domingo era rica, su vecindad podia ser peligrosa, pero Marta era de carácter enérgico y le importaban poco los obstáculos; fijó su pensamiento en el camino emprendido y en sus resultados, se propuso combatir aquéllos, contando con sus naturales aliados: el hábito de una vida regularizada, la amistad de Enrique y Eduardo, y tambien con los vivos sentimientos que percibía se desarrollaban en Enrique y Cecilia. En cuanto á Luisa, no tenía por qué temer; era casi una niña cuando les sucedió la gran desgracia, y ni conservaba más que vagos recuerdos, ni la aquejaba pena alguna por su existencia anterior.

—Si así sucede,—decía entre sí Marta, pensando en lo pasado y en lo porvenir,—estaba escrito que un Villena debía casarse con una Gil.

XIV

Pasaron algunas semanas sin que la familia de Gil se ocupara más que de sus faenas. Cuando los motivos de conversacion no son muy numerosos, es muy difícil dejar de comentar los dichos, gestos y hechos del prójimo; el vicio está en hablar mal, hábito desagradable que debemos combatir y evitar en los hijos, porque vicia el corazón y limita la inteligencia.

Todo el pueblo se ocupaba de los trabajos y reparaciones ejecutadas en el castillo; comentaba, murmuraba, y al pasar de unos á otros se desnaturalizaban los hechos, como sucede casi siempre... en una palabra, los

nuevos propietarios eran objeto de todas las conversaciones, no sólo en el pueblo, sino en algunas leguas á la redonda.

Eduardo no era de los que ménos les gustaban los detalles.

—Afectarán aire altanero,—decía una noche sin poder ocultar su desagrado;—pronto llegarán á creerse descendientes de los antiguos señores de Laflor.

—¿Y á tí qué te importa?—le decía Cecilia.—Esas son suposiciones, y juzgar así es faltar á la caridad.

Una afectuosa mirada de Enrique recompensó aquellas palabras de Cecilia.

—Efectivamente,—dijo el joven médico,—el ridículo daña únicamente á los que se hacen dignos de él; el desprecio debe reservarse para las acciones positivamente dañosas.

Luisa, que aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban de atormentar á su hermano, exclamó:

—Si se proponen ennoblecerse, sus retumbantes nombres no serán los primeros ni los últimos.

—Esos ejemplos no excusan á los que vienen detras,—replicó Eduardo,—y nadie está autorizado para llegar al absurdo por el solo hecho de que otros hayan caído en él.

—Y entónces, ¿por qué usábamos en Madrid tarjetas cuyos nombres llevaban la ridícula ortografía que usa la nobleza?—Y Luisa sacó una tarjeta amarilla por el tiempo, que confirmaba sus palabras.

Sorprendido Eduardo, apeló al recurso de las malas causas y de los señoritos mal educados; se incomodó y recordó á su hermana algunos actos de vanidad, y de personalidad en personalidad, la discusion se hubiera agriado á no ser por Cecilia y Enrique; aquélla empleando su autoridad de hermana mayor para apoderarse de la tarjeta, y éste vituperando con dulzura las acusaciones que los dos contendientes se acababan de hacer.

Luisa se arrepintió del disgusto que acababa de dar á su hermano, y le alargó la mano balbuceando algunas excusas.

Así terminó aquel incidente; pero Eduardo insistió en su disgusto por la instalacion de la familia de Domingo.

—¿Pero á tí qué te importa esa vecindad?—le dijo un dia Luisa, ya decidida á concluir con aquella especie de mortificacion.

—¿Crees que me agradará tropezar diariamente con su lujo y con su orgullo? Irán muchas veces á mi pueblo, quizá á mi oficina; al venir á veros me mirarán de alto abajo...

—Si tienen corazon, y basta el buen sentido,—dijo Enrique,—sabrán apreciar tu laboriosa vida y tu educacion regularizada, y si no es así, ¿á qué tanto preocuparte?

—Es verdad,—contestó Eduardo, algo confuso por haber puesto al descubierto las llagas aún no cicatrizadas de su pasada vanidad;—sí, teneis razon; pero Enrique, no olvidéis que son antiguos amigos... y que esa Matilde Domingo era muy impertinente.

—Razon de más para soportar humildemente sus desprecios. Ten presente que cuando la impertinencia choca con la indiferencia, retrocede á su punto de partida y empequeñece al que la comete, de ninguna manera al que la sufre.

Entretenidos los papás en su juego, eran extraños á esta conversacion; pero el nombre de Matilde, pronunciado por Eduardo, llamó la atencion del señor cura.

—¿Esa Matilde es la hija del nuevo propietario?

—Sí, señor,—contestó Eduardo,—y acaso esté ya casada, de lo cual me alegraría, pues así no la encontraríamos tan amenudo.

—Pues no lo está,—réplico el señor cura,—y á dar crédito á lo que se dice, no se casará regularmente.

—¿Pues qué dicen?—preguntaron Luisa y Eduardo.

Cecilia callaba, porque le era bastante más indiferente el recuerdo de la vida anterior.

—Parece algo extraordinario,—respondió el cura,—pero se dice... vamos, si casi lo creo. Ustedes que conocen bien á Madrid lo sabrán... Cuentan que allí hay señoritas que van á caza, que conducen carruajes haciendo de cocheros... vamos, que hacen cosas tan inconcebibles como opuestas á la modestia propia de jóvenes bien educadas. Pues sea lo que quiera, dicen que la señorita Matilde de Domingo tiraba á la pistola; que un dia, jugando con arma que suponía descargada, se disparó, saltándola un ojo y abrasándola horriblemente la mitad de la cara. Su desesperacion es inmensa, hasta el extremo que parece se niega á tratar con nadie, y añaden que sólo por alejarse del mundo ha obligado á sus padres á comprar el castillo de Laflor, en donde parece quiere pasar casi todo el año. Y es claro, no ha buscado el consuelo cerca de *Aquél* que le tiene siempre en reserva para cuando se lo pidamos sincera y humildemente.

—¿Será posible!—exclamó Luisa admirada.

—¡Oh, qué desesperada estará!—añadió Eduardo.

—¡Pobre Matilde!—dijo á su vez Cecilia con tono de profunda conmiseracion.

—¡Bienaventurados los que lloran!—añadió la tia.—Cada dia me convenzo más de la profunda verdad que encierra este pensamiento. Regularmente la desgracia transformará á esa jóven, y si para los indiferentes ha quedado desfigurada, su belleza aumentará entre los que la amen.

—¡Pobre madre! ¡pobre madre!—exclamó la señora de Gil, que, estremecida con el relato del señor cura, habia dejado caer sus cartas... y como el egoismo asoma á veces la cabeza, miró con cierta complacencia á sus dos hijas, llenas de salud y de belleza.

Las reparaciones del castillo duraron más tiempo de lo que se creía; pero como todo tiene su término en este mundo, no bien concluyeron, cuando corrió la noticia, ya esperada con impaciencia, de que habian llegado los nuevos propietarios. La curiosidad quedó satisfecha á medias, pues pasaron dias y semanas sin que la familia de Domingo se diese á ver. Fué comentado aquel desdeñoso aislamiento, hubo quejas y aún murmuraciones; pero, por último, todo cesó ante la falta de motivos reales y positivos. Marta se felicitó de la actitud del vecino pueblo, que la autorizaba y aún contribuía á la obra que se habia propuesto... No tenía, pues, los recuerdos ó sentimientos que en sus sobrinos podían despertar las nuevas gentes que ante ellos aparecían.

La propiedad de Gil se componía principalmente de prados, y aquel año ofrecían una gran cosecha. La familia echaba sus cuentas, y las hacía galanas ante los montones de heno colocados en líneas simétricas. En esta operacion acertó á pasar un carruaje descubierto, dirigido por el señor Domingo, dentro del cual iban dos señoras, una de ellas con velo echado. Las dos hermanas reconocieron á su antigua amiga Matilde; pero el carruaje pasó rápidamente en medio de un torbellino de polvo.

Era un sábado por la tarde, y Eduardo, según su invariable costumbre, se encontraba con la familia; así que fué el primero que empezó el capítulo de las recriminaciones.

—Bien lo sospechaba,—exclamó en tono de amargo triunfo.—¡Ni se han dado por entendidos!...

Y dirigió una mirada despreciativa á su pobre traje, muy inferior por cierto á aque-

llos que *tan deliciosamente* cortaba una notabilidad artística... El padre llevaba un traje campestre maltratado por el trabajo; los de su madre, tía y hermanas eran de sencilla indiana... En fin, Eduardo veía en el traje la causa de la indiferencia de aquéllos.

—Es más acertado suponer que no nos han conocido,—dijo Cecilia.—¡Hace tanto tiempo que no nos vemos! ¡Hemos crecido y engruesado tanto!

—¡Bah! Papá está lo mismo.

—Papá lleva un sombrero que le cubre la cara,—dijo Luisa.

—No, dí mejor que papá lleva un sombrero muy viejo, y á ese señor le es indiferente la fisonomía que cubre y protege.

—Cuidado, Eduardo,—dijo la tía tomando el brazo de su sobrino;—los juicios que ligeramente formulamos sobre el prójimo, ponen de manifiesto, no su carácter, sino el nuestro; son un espejo en que se reproduce nuestra imágen, no la suya. Es indudable que cuando suponemos gratuitamente el mal y atribuimos á los demás sentimientos que ignoramos si tienen, es porque en principio existen en nosotros; si nos apresuramos á admitirlos sin suficientes pruebas, damos á entender que en circunstancias dadas obraríamos en el sentido que censuramos ó despreciamos.

—En efecto, no respondería yo,—dijo Luisa, fiel á su carácter terco,—que en situaciones parecidas Eduardo no hiciera lo mismo.

—Chica,—contestó el jóven, que fácilmente se avergonzaba de sus errores,—no hables así; acaso haya sido un poco ligero; acaso no nos hayan reconocido; pero ya podían habernos venido á ver... Ya saben que estamos aquí, y muy cerca de su castillo.

—¿Deseas renovar su amistad?—le preguntó Cecilia.

—No por cierto; al contrario, deseo no exponerme á excitar su piedad.

—Acaso piensen ellos como tú en el particular. También han sufrido una gran desgracia, y no querrán inspirar compasión; si así es, se engañan como tú; es decir, que la vanidad desnaturaliza el verdadero sentido de la piedad ó compasión. Por lo visto, para vosotros esas palabras son sinónimas de desprecio, pues para los que poseen un buen corazón significan simpatía, interés, solidaridad y deseo de disminuir la desgracia ajena, tomando participación en ella. ¡Pobre Matilde! Tendría mucho gusto en volverla á tratar.

—Pues corre, y arrójate en sus brazos... No dudes que serás bien recibida,—replicó Eduardo.

—Esperaré á que lo hagan las circunstancias,—contestó tranquilamente Cecilia.

La familia de Gil continuó su paseo, y de común acuerdo convinieron en dirigirse á otro hermoso prado para contemplar su cosecha. El señor Gil, al verla, empezó á calcular el probable producto de los pastos; era una suma considerable que representaba el bienestar de un año, y un sobrante con el que podrían hacer algunas mejoras en las tierras que llevaban.

El sol se ocultaba majestuosamente; á lo lejos se veían flotar esos ligeros vapores azulados que envuelven el horizonte, y son como una transición entre cielo y tierra. La influencia de aquel hermoso día, el olor del heno recientemente cortado, el gracioso aspecto del prado, á cuyo extremo corría un caudaloso riachuelo, era tan poderosa, que el mismo Eduardo sentía una calma bienhechora y agradable. Sacaron algunas provisiones, y sobre el césped, y á la sombra de varios y robustos árboles, las despacharon. En aquel momento ninguno se acordaba del lujo que había perdido y de cuanto se veían privados.

Terminada la merienda, emprendieron el camino de su casa, hablando de sus proyectos para cuando vendiesen su heno. Marta era la única que estaba silenciosa, y parecía estudiar el horizonte con alguna aprensión; profesando el principio de evitar la inquietud que su previsión á veces la producía, se limitó á recordar á los jóvenes que, en todos los asuntos de la vida, *la moderación era un hábito saludable* para el espíritu, gracias á la cual se evitaban disgustos y decepciones.

Llegados á su casa, Marta consultó el barómetro, el cual anunciaba lluvia, amenaza grave que aconsejaba el acarreo del heno á seguida. En cuanto á los jóvenes, como la esperanza es tenaz en ellos, no renunciaron á los sueños que habían tenido sobre su recolección.

Al amanecer del siguiente día el sol apareció radiante y hermoso, pero á poco empezaron á verse á lo lejos algunas nubes que se amontonaban hacia las montañas, y á oírse algunos truenos que se repetían con frecuencia. Prepararon los medios de transporte de que podían disponer para acarrear el heno, y si bien empezaron á caer algunas

gotas de agua, la tempestad parecía concentrarse en las montañas.

Llena la familia de temor, se reunió á almorzar, y apesar de que veían retirarse algunas nubes de siniestro aspecto, la ansiedad continuaba. No pasó mucho tiempo cuando aparecieron los criados de la labranza con desastrosas noticias. La tempestad había sido tan grande en las montañas más inmediatas, que los arroyos se trasformaron en torrentes é inundaban los prados, arrasando cuanto encontraban; no había, pues, tiempo que perder.

Aquel arroyo, tan encantador y agradable, de la víspera, que con sus plateadas aguas regaba las heredades de la comunidad, crecía sin cesar. Los prados se inundaron; la familia acudió al lugar del siniestro, y allí, con la injusticia propia de caracteres débiles, se lamentaba anticipadamente.

—¡Todavía sostendrás, Marta, que no hay mal que por bien no venga!

—Sí, hermana mia,—contestó ésta con una imperturbabilidad tal que contrastaba con el estado apesadumbrado de la familia; —lo digo y lo diré siempre... *La desgracia* es un saludable aviso cuando nos da valor, paciencia y cuantas cualidades sirven para asegurar el triunfo en las mil contrariedades de la vida.

Desde léjos vieron que el daño podía aún repararse. Gil distribuyó las fuerzas y elementos de que podía disponer para salvar la recolección, y comprendió que con cinco ó seis trabajadores más podía salvarse todo. Pero imposible encontrarlos; todos se hallaban ocupados en otras tierras vecinas. Gil se juzgó vencido por el torrente, vió que sus esfuerzos eran inútiles, y cuando pensaba en la inminente inundación, notó que seis ú ocho personas, á cuya cabeza venía el señor Domingo, llegaban á todo escape, y sin más ceremonia que la de alargar la mano á Gil, dijo á éste:

—He sabido el peligro que corráis, y vengo con la gente de que puedo disponer. ¡A trabajar!

Y acto continuo todos empezaron la faena con verdadero empeño. A poco apareció Villena con tres grandes carros, pues llamado por Domingo para asistir á su familia, supo allí el golpe que amenazaba á sus amigos, y terminada la visita, reunió los carros con que se presentaba en escena.

Estas breves y difusas explicaciones fueron dadas y pedidas con gran trabajo duran-

te aquella penosa tarea. El mismo Domingo trabajaba como si estuviera acostumbrado á ello; *era ocasion de trabajar*, y la ayuda que acababan de recibir hizo desaparecer súbitamente de aquellas almas el temor, la despreciable altanería y el resentimiento consiguiente.

Hablaban, reían, é interpelado Domingo por la energía que desplegaba, respondió que aquello le recordaba sus primeros años, al lado de su padre, simple y pobre labrador. Confesión que acaso no hubiera hecho en los elegantes salones de la corte; pero allí, en pleno campo, estimulado por el placer de hacer bien, la franqueza desataba su lengua, la vanidad desaparecía, y era mejor, por lo mismo que tenía ocasion de dar una prueba de bondad; que esta virtud, como las demás, y como todas nuestras facultades, se desarrolla con el ejercicio y se extingue en la inacción (no es solamente la perversidad la que nos determina á ver con indiferencia las desgracias ajenas; contribuyen á ello también la torpeza, pereza, y otras mil causas tan pobres y despreciables como aquélla); y en este caso, cuando se presenta un peligro ú otra circunstancia que exige el concurso de muchos en beneficio del prójimo, no hay sér, por egoísta y perverso que sea, que trate de sustraerse á esa fuerza desconocida y oculta que propaga el ejemplo y que multiplica las facultades aplicándolas al servicio del prójimo.

Bien pronto se pudo juzgar del resultado, única recompensa de los hombres de bien; al paso que los unos trasportaban las pilas más expuestas á ser arrastradas por la corriente, los otros abrieron una zanja y dieron á las aguas nueva dirección. El peligro fué vencido, y todos se felicitaron por el éxito que acababan de obtener.

XV

El señor Domingo felicitó á su antiguo colega por el valor que mostró al abandonar la corte para establecerse en su casa paterna. La familia de Gil invitó á sus huéspedes á descansar un rato y tomar un pequeño refresco en su casa.

—Sí,—continuó Domingo,—tomó usted el mejor partido para salvar su dignidad y lo poco que le quedaba. Acaso una demora le hubiese permitido continuar en sus negocios, pero con inminente riesgo de perder lo que

aún le quedaba, y en aquella lucha, ¡cuántas decepciones hubiera experimentado!

Y continuó discurrendo así. Eduardo le escuchaba con avidez; nunca lo había hecho del mismo modo cuando así hablaba la tía; pero en el momento en que oía á éste aplaudir una resolución que tantos sinsabores le había causado, veía las ventajas de lo que había creído un destierro ó un castigo; le parecía que sus ojos se abrían á la luz, no se avergonzaba al verse despojado de aquel pasado lujo ante la presencia de uno de sus más distinguidos representantes.

D. ALCALDE PRIETO.

(Continuará.)

WILHELM MEISTER

PRIMERA PARTE

AÑOS DE APRENDIZAJE

Libro cuarto.

(Continuacion.)

Serlo, que apareció en la puerta, se informó de la salud de su hermana, miró el libro que nuestro amigo tenía en la mano, y exclamó:

—¡Os encuentro todavía con vuestro *Hamlet!* Tanto mejor, porque se me han ocurrido dudas que amenguan singularmente la importancia canónica que atribuía á esa obra. Los ingleses mismos han reconocido que el interés principal cesa en el acto tercero, que los dos últimos están pobremente ligados con el todo, y es cierto, con efecto, que al final la obra decae.

—Es muy posible, dijo Guillermo, que individuos de una nación que ha producido tantas obras maestras, dejen falsear sus juicios por las prevenciones ó limitaciones de los príncipes; pero esto no debe ser obstáculo para que veamos con nuestros propios ojos y seamos imparciales. Estoy muy léjos de censurar el plan de esta obra; más aún, creo que no se ha imaginado nada más grande, y no sólo imaginado, sino realizado.

—¿Cómo explicareis eso? preguntó Serlo.

—No explicaré nada, contestó Guillermo. Quiero sólo exponer mi propio pensamiento.

Aurelia se levantó de su asiento, apoyó su mano en la de nuestro amigo, miróle, y éste, con la convicción de la razón, continuó hablando de esta suerte:

—Es nuestro encanto y nos halaga la contemplación de un héroe que obra por sí mismo, que ama y aborrece á impulsos de su corazón, que emprende y ejecuta, que vence todos los obstáculos y logra el fin apetecido. El historiador y el poeta nos persuadirán fácilmente de que esta noble conducta es el patrimonio del hombre. Pero aquí la lección es otra: el héroe carece de plan, pero la obra lo tiene perfecto. No es el traidor castigado por una venganza cuya idea ha sido seguida constante é invariablemente, no; se verifica un acto espantoso. Se desarrolla en sus consecuencias y arrastra á los inocentes al torbellino. El homicida parece deber evitar el abismo que le está destinado, y cae en él en el momento mismo en que cree poder continuar su camino con toda seguridad. Porque es propio de los crímenes hacer extenso el mal á los inocentes, como lo es de las buenas acciones llevar el provecho á aquellos que no son dignos de él, sin que el autor sea castigado ni recompensado. Aquí en nuestra obra ¡cosa extraña! el purgatorio envía su espectro y reclama la venganza, pero en vano. Todas las circunstancias se reúnen y concurren á la venganza, pero en vano. Ni siquiera fuerza terrestre ó subterránea puede producir lo que únicamente le está reservado á la suerte. La hora de la justicia llega: el malvado cae con el bueno. Queda destruida una raza, y hácese germinar otra.

Después de un instante de silencio, durante el cual miráronse fijamente, tomó la palabra Serlo.

—Al glorificar al poeta no haceis gran merced á la Providencia, y sois, con respecto al poeta, lo que otros cuando tratan de honrar la Providencia, que le atribuis un objeto y un plan en los cuales no hubo pensado.

CAPÍTULO XVI.

—Permitidme exponer otra duda, dijo Aurelia. He vuelto á ver el papel de Ofelia: estoy contenta y me creo segura de representarle bajo ciertas condiciones. Pero decidme: ¿no hubiera podido el poeta hacer cantar otra cosa á su loca? ¿No hubiera podido escoger algunos fragmentos de baladas melancólicas?

¿Qué significan esas equívocas y groseras necedades en labios de tan noble niña?

—Querida amiga, replicó Wilhelm, acerca de ese particular no os concedo nada. Bajo esa rareza, bajo esa grosería aparente, se oculta un gran sentido. Sabemos desde el principio de la obra qué es lo que preocupa el corazón de la amable niña. Vivía retirada en sí misma, pero apenas disimulaba su languidez, sus deseos; en su alma resonaban misteriosamente los acentos de la concupiscencia, y cual imprudente nodriza, tal vez intentó adormecer sus sentidos al ruido de cantos que sólo servían para tenerlos más despiertos todavía. Por fin, cuando ha perdido todo poder sobre sí misma, cuando su corazón revolotea en sus labios, sus labios la venden, y se complace, cándida en su locura, en dejar hablar ante el rey y la reina á los juguetones hijos de su imaginación; la doncella que se deja seducir, la doncella que se desliza junto á su amante, y todo lo que sigue.

No había concluido de hablar, cuando vió surgir de repente una escena de la que no pudo darse cuenta. Serlo se había paseado á lo largo de la sala, sin que hubiera podido suponersele intención alguna. De repente se acercó al traje de Aurelia, cogió rápidamente un objeto que allí se hallaba, y se dirigió con su botín hacia la puerta.

Apénas Aurelia se había apercebido de su acción, cuando le cerró el camino, le estrechó con increíble viveza, y consiguió apoderarse por un cabo del objeto robado. Luchaban y se retorcián las manos con terquedad, rodeábanse y se volvían rápidamente. Él reía, ella se exasperaba, y como Wilhelm acudiese para separarlos y calmarlos, vió á Aurelia, con un puñal en la mano, echarse á un lado, al par que Serlo, despechado, tiraba al suelo la vaina que lo había encerrado. Sorprendido Wilhelm, retrocedió, y su mudo asombro parecía preguntar la causa de la extraña lucha entablada entre ambos á causa de tan singular objeto.

—Vais á ser nuestro árbitro, dijo Serlo. ¿Para qué necesita ella ese cortante acero? Decidle que os le enseñe. Ese puñal, agudo como una aguja, afilado como una navaja de afeitar, no está bien en manos de una comediante, ¿A qué viene echarlo á broma? Con lo violenta que es, se herirá cualquier día casualmente; detesto muy especialmente esa clase de rarezas; acompañarlas de una idea seria, hacer de ello un juguete peligroso, es absurdo.

—Lo he recuperado, exclamó Aurelia blandiendo la brillante hoja; y en adelante guardaré mejor mi fiel amigo. ¡Perdóname, dijo besando el acero, mi negligencia para contigo!

Serlo pareció enfadarse formalmente.

—Tómalo por donde quieras, hermano mio, continuó ella. ¿Sabes tú acaso si es un precioso talisman que me ha sido dado bajo esta forma, si hallo en él socorro y buenos consejos en las malas horas? ¿Es perjudicial todo lo que parece peligroso?

—Tales discursos, tan desprovistos de sentido, me volverían loco, dijo Serlo; y salió del cuarto con un movimiento de fingida cólera.

Aurelia envainó cuidadosamente el puñal, y se lo guardó.

—Continuemos la conversacion que ha turbado mi desgraciado hermano, dijo, viendo que Wilhelm aventuraba algunas preguntas acerca de tan extraña lucha. Admito perfectamente vuestro modo de pintar á Ofelia, continuó; no quiero desconocer la intención del poeta; ántes bien, lamento no ser de su opinión. Y permitidme una observacion que me habeis inspirado no há mucho. Noto con asombro el golpe de vista justo y profundo con que juzgais la poesía, sobre todo la dramática. No desconoceis los más secretos resortes de la inventiva, y recogeis los rasgos más delicados de la ejecucion. Sin haber visto un objeto en la naturaleza, reconoceis en vista de la pintura si es exacto; parece como que poseeis una presciencia de las cosas que anima y desenvuelve el sentimiento armónico de la poesía. Porque es evidente, continuó, que lo exterior no os inspira nada; pocas veces he visto que nadie conozca tan poco, que desconozca tan por completo á los hombres con quienes vive, como vos. Permitidme que os diga lo siguiente: al oiros explicar vuestro Shakspeare, diríase que salís del consejo de los dioses, y que habeis escuchado cómo piensan ellos formar los hombres; pero cuando os hallais en contacto con el mundo me recordais al primer hombre, al hijo de la creación, que contempla con singular asombro y edificante benevolencia los leones y los monos, los corderos y los elefantes, y les dirige, sencillo, la palabra como á iguales suyos porque se hallan á su lado, y como él se mueven.

—La conciencia de mi naturaleza escolar, amiga mia, respondió él, me agobia con frecuencia, y os agradecería que me ayudáseis á poner más en claro mis ideas respecto del

mundo. Desde mi juventud he dirigido los ojos del espíritu mucho más al interior que á lo exterior; y esto hace natural el que yo hasta cierto punto haya llegado á comprender al hombre, sin comprender lo más mínimo ni apreciar á los hombres.

—Es el caso, dijo Aurelia, que yo me habia formado desde el principio mala opinion de vos; creia que queriais burlaros de nosotros cuando nos hablábais tan bien de las personas que presentábais á mi hermano, y yo comparaba vuestras cartas con el mérito de semejantes gentes.

Por justa que la observacion de Aurelia fuese, y por muy sinceramente que nuestro amigo se reconociera tal defecto, habia en ello un no sé qué tan duro é irritante, que él se calló y se recogió en sí mismo, ya por no dejar ver su impresion, ya para apréciarse por sí mismo la verdad de aquel reproche.

—Que eso no os sorprenda, continuó Aurelia; podemos esperar siempre la luz de la razon, pero los tesoros del corazon no puede dárnoslos nadie. Estais destinado á ser artista; no podreis conservar por largo tiempo ese sonambulismo y esa inocencia; es la hermosa envoltura de un pimpollo. ¡Desgraciados de nosotros si nos marchitamos demasiado pronto! ¡Y en verdad que es una dicha no conocer siempre á aquellos por quienes trabajamos!

Yo he pasado tambien por esa feliz situacion cuando entré en el teatro con la más alta idea de mí misma y de mi país. ¡Qué no eran en mi ánimo los alemanes, y qué no podian llegar á ser! Yo hablaba con esta nacion sobre la cual me elevaba un tablado, y de la que me separaba una fila de candilejas, cuyo brillo y cuyo humo me impedian distinguir los objetos colocados ante mi vista. ¡Qué satisfaccion cual la del ruido de los aplausos salidos de la multitud! ¡Cuán reconocida me sentia al homenaje que me enviaban unánimes aquellas manos! Dejéme fascinar largo tiempo de esta guisa; del propio modo que yo influia sobre la multitud, ésta influia sobre mí; estaba en las mejores relaciones con mi público; creia sentir una armonía perfecta y ver perpetuamente ante mí las más nobles y los mejores miembros de la nacion.

Desgraciadamente, no sólo el carácter y el talento de la comedianta interesaban á los aficionados al teatro; alimentaban proyectos apropósito de la mujer jóven y apasionada. Hiciéronme saber con sobrada claridad que era de mi deber llevarlos á la parti-

cipacion personal de los sentimientos que les habia inspirado. Yo no pensaba tal; queria educar sus almas, pero no tenía ningun proyecto acerca de lo que ellos llamaban sus corazonces; y entónces, gentes de todas condiciones, de todas edades, de todos caractéres se me hacian insoportables, y ninguna desgracia para mí tal como no poder, cual toda honrada jóven, encerrarme en mi casa y librarme así de muchos disgustos.

Los hombres se me representaban, en su mayoría, tales cuales yo estaba acostumbrada á verlos en casa de mi tia, y me hubieran inspirado tan sólo fastidio como en otro tiempo, á no ser porque sus ridiculeces y sus necedades me divertian. Como no podia evitar el verlos, bien en el teatro, bien en los parques públicos, bien en mi casa, resolví estudiarlos á todos, y mi hermano me ayudó á ello á las mil maravillas. Y si teneis en cuenta que desde el jóven hortera y el hijo presuntuoso del negociante, hasta el hombre de mundo, hábil y circunspecto, y hasta el soldado y el hombre vencedor, han sido por mí justipreciados en su manera de representar la comedia de la vida, hallareis disculpa á la pretension que alimento de conocer á fondo mi país.

Estudiantes de caprichosos atavíos, sabios desmañados y de humildad orgullosa, modestos canónigos de dudosas mañas, hombres de negocios, observadores y apestados, barones campesinos llenos de rudeza, cortesanos de chabacana amabilidad, eclesiásticos jóvenes separados del buen camino, pacíficos mercaderes y negociantes activos, atareados y especuladores, á todos los he visto en accion, y ¡válgame el cielo! escasamente hallé entre ellos ninguno capaz de inspirarme ni aún vulgar afeccion; mas sí padecí el suplicio de tener que aguantar por separado las cargantes y fastidiosas felicitaciones de semejantes locos, las cuales tanto me habian gustado en conjunto y que de tan buena gana me apropiaba al por mayor.

Cuando yo esperaba un elogio razonable apropósito de mi desempeño, cuando esperaba oír el elogio de un autor á quien apreciaba, hacian alguna reflexion necia acerca de cualquier otro escritor y citaban una obra mala en cuya ejecucion querian verme. Si yo intentaba hallar entre los tertulianos una frase noble, espiritual, intencionada ó apropósito, con dificultad que hallara un parecido. Ligera falta de un actor que habia dicho una palabra por otra ó habia incurrido en un

provincialismo, eran los puntos capitales de sus observaciones, y de aquí no salían. No sabía por fin de qué lado inclinarme; creíanse sobrado hábiles para dejarse divertir, é imaginaban divertirme mucho con las lisonjas de que me agobiaban. Llegué á despreciarlos con toda mi alma, y me pareció que toda la nación se había puesto de acuerdo para venir á prostituirse á mi lado por el órgano de sus representantes. ¡Parecióme en todo tan torpe, tan mal criada, tan poco instruída, tan privada de encantos, tan desprovista de gusto! Con frecuencia me decía: «¡Un alemán no saber atarse los zapatos sin haberlo aprendido de una nación extraña!»

Ya veis cuán cegada estaba, injusta hasta ser hipocondriaca, y cuanto más duraba esto, tanto más se agravaba mi enfermedad; tal vez hubiera concluido por suicidarme, pero di en el extremo opuesto: me casé, mejor dicho, me dejé casar. Mi hermano, que tomó la empresa del teatro, deseó mucho tener un asociado. Su elección recayó en un jóven que no me disgustaba; faltábale todo lo que á mi hermano sobraba: genio, talento, vida, actividad, pero encontré en él lo que en el otro no hallaba: amor al orden, aplicación, el don precioso de correr con una administración y manejar sus capitales.

Ha llegado á ser mi marido sin que yo sepa cómo; hemos vivido juntos sin que yo sepa por qué. Lo cierto es que nuestros negocios siguieron buen camino. Ganábamos mucho, gracias á la actividad de mi hermano; gozábamos de cierta comodidad, obra ésta de mi marido. Ya no pensaba yo ni en el mundo ni en la nación. Del mundo nada podía esperar, y había perdido el sentimiento nacional. Si representaba, era para vivir; abría la boca porque no podía estar callada y porque salía á la escena para hablar.

Entretanto, y para no recargar mucho este cuadro, había llegado á participar de las miras de mi hermano; necesitábamos dinero y aplausos; porque, sea dicho entre nosotros, él gusta de ser aplaudido y gasta mucho. Yo no declamaba ya según mi sentimiento, según mi convicción, sino en vista de sus indicaciones, y cuando podía manifestarle mi reconocimiento con mi obediencia, estaba satisfecha. Él explotaba los flacos todos del público; el dinero venía, podía vivir á su antojo, y pasamos días felices en su compañía.

Yo había llegado en el interin á una apatía maquinal; pasaba mis días sin alegría y

sin atractivo; mi matrimonio fué estéril y de corta duración. Mi marido cayó enfermo, debilitáronse sus fuerzas visiblemente; los cuidados que le prodigué me hicieron salir de mi habitual indiferencia.

Por entonces hice una amistad con la cual dió principio para mí nueva vida, y más que nueva, corta, porque pronto concluirá.

Permaneció un momento silenciosa é inmóvil, y después continuó:

—Hé aquí que mis ganas de hablar concluyen de súbito, y que no tengo fuerza para volver á abrir la boca. Dejadme descansar un instante; no os marcheis sin conocer detalladamente mis desgracias. Haced que éntre Mignon, y ved qué quiere.

La niña había entrado varias veces en la sala durante el relato de Aurelia. Pero como se habló bajo delante de ella volvió á salir, se sentó en la antecámara y esperaba. Cuando se la llamó, vino con un libro que por su forma y cubierta acusaba un atlas geográfico. Había visto por vez primera en casa del ministro, con grande admiración, mapas geográficos; hízole sobre ellos infinidad de preguntas y aprendió cuanto pudo. Su deseo de instruirse pareció acrecentarse con estos nuevos conocimientos. Suplicó con instancias á Wilhelm que le comprase aquel libro. Había dejado en prenda en casa del vendedor de estampas sus gruesos aretes de plata, y quería ir á desempeñarlos al día siguiente á primera hora, por ser ya muy tarde aquel día. Se accedió á su petición; empezó á recitar lo que sabía, mezclando á ello, á su modo, las más extrañas preguntas. Era de notar que, apesar de una aplicación extrema, no comprendía sino tardía y trabajosamente. Le sucedía lo mismo con la escritura, que le costaba mucho trabajo. Hablaba siempre muy incorrecto alemán, y sólo cuando abría la boca para cantar, al hacer vibrar su guitarra, parecía emplear el único órgano que le permitía expresar y hacer participar de sus sentimientos íntimos.

Puesto que hemos llegado á ocuparnos de ella, debemos hablar de la perplejidad que había causado varias veces á nuestro amigo en estos últimos tiempos. Al venir como al irse, al darle los buenos días ó las buenas noches, lo estrechaba con tal violencia entre sus brazos, le abrazaba con tanto calor, que la impetuosidad de esta naturaleza, á punto de marchitarse, le inquietaba y le atormentaba. La convulsiva viveza de sus maneras parecía crecer de día en día, y por todo su

sér circulaba incesante agitacion. No podia estar sin retorcer un hilo entre sus dedos, sin agarrotar un pañuelo, sin masticar un pedazo de papel ó de madera. Sus diversiones todas tenian por objeto desviar una violenta conmocion interna. La única cosa que lograba serenarla un poco, era la compañía del pequeño Félix, con quien hacía buenas migas.

Aurelia, que despues de un rato de descanso estaba dispuesta á explicarse, en fin, con su amigo, propósito de un asunto que tanto interesaba su corazon, se impacientó por la tenacidad de la niña y le dejó entender que debía irse; mas como no se diera por avisada, fué preciso mandarle que se fuera, lo que hizo ella de mala gana.

—Ahora ó nunca, dijo Aurelia, os refiero lo que resta de mi historia. Si á mi amigo, tan tiernamente amado cuanto injusto, le separaran de aquí sólo algunas leguas, os diria: «Montad á caballo, buscad un medio cualquiera de trabar conocimiento con él, y cuando volvais, es seguro me habreis perdonado y me compadecereis de todo corazon». Mas por ahora sólo puedo deciros cuán digno era de ser amado y cuánto yo le amaba.

Por el tiempo en que yo temia por los dias de mi marido, fué cuando llegué á conocerle. Volvia de América, donde se habia distinguido en compañía de algunos franceses, al servicio de la bandera de los Estados-Unidos.

Me trató con un porte lleno de calma, y una cordial benevolencia; me habló de mí, de mi posicion, de mi juego escénico, como antiguo conocido, con tanta simpatía, tanta claridad, que por la vez primera gocé del placer de conocer claramente mi existencia en otro sér. Sus juicios eran justos sir ser severos, exactos sin ser exclusivos; no demostraba dureza alguna, y hasta en su malicia era amable; parecia acostumbrado á tener partido entre las mujeres, lo que me hizo estar en guardia; no era adulador ni ejecutivo, lo que me libró de toda inquietud.

Trataba poco á la gente de la ciudad, montaba mucho, iba á los alrededores á visitar á sus muchos conocidos, y se ocupaba en los negocios de su familia. Cuando volvia, subia á mi casa, me ayudaba á cuidar á mi marido, cuyo estado empeoraba; trajo al enfermo un médico hábil que le proporcionó algun alivio, y como se interesaba por todo lo á mí concerniente, me interesé á mi vez por su suerte. Relatábame sus campañas, su irresistible inclinacion hacia el estado militar,

sus relaciones de familia; confiábame sus negocios del presente, en fin, no me ocultaba nada; mostrábaseme al descubierto, me abria los más recónditos secretos de su alma; conocí su talento y sus pasiones; era la vez primera que en mi vida gozaba del comercio del corazon y del espíritu. Me sentí llevada por él, arrastrada por él ántes de llegar á poder darme cuenta de ello á mí misma.

En este intervalo perdí á mi marido, poco más ó ménos como lo habia tomado. El peso de los trabajos del teatro cayó por entero sobre mí. Mi hermano, sin rival en la escena, no era propósito para la administracion; tenía que ocuparme de todo, y estudiaba mis papeles con más asiduidad que nunca. Volví á representar como en otro tiempo, pero con muy otra potencia y nueva vida, por él y para él; no siempre con acierto, sin embargo, sobre todò cuando sabía estaba mi amigo en la sala; pero á veces me escuchaba sin que yo lo sospechara, y ya podeis figuraros qué de alegría me causaba su inesperado sufragio.

Es seguro que soy una extraña criatura, y á cada papel que representaba, veníame á las mientes la idea de que en él hacía su elogio, y que lo que decia era en su honor; pues era tal el estado de mi corazon, que tenía en poco el sentido de las palabras. Cuando sabía que se contaba en el número de los espectadores, no me atrevia á desplegar toda mi energía, cual si no quisiera arrojarle brutalmente al rostro mi amor, mi admiracion; pero en su ausencia tenía campo libre, hacía maravillas con todo aplomo, con indescriptible satisfaccion. Los aplausos me alegraban nuevamente, y cuando habia satisfecho al público, hubiera podido decir á éste: «¡A él debeis todo esto!»

Sí, habianse completamente cambiado, como por milagro, mis relaciones con el público, con la nacion, que súbitamente aparecia á mi vista con los más risueños colores, y me asombraba haber estado tan errada hasta aquel entónces.

¡Cuán falto de razon era, me decia frecuentemente á mí misma, vituperar en una nacion precisamente el hecho de ser tal nacion! Los individuos aislados ¿pueden ni deben inspirar tanto interes? En modo alguno. Se trata de saber si se halla esparcida en la gran masa una multitud de aptitudes, de fuerzas y de cualidades que pueden desenvolverse á virtud de circunstancias favorables y ser dirigidas por séres eminentes hacia un fin comun.

Me felicitaba entónces de hallar en mis compatriotas tan poca originalidad saliente; me felicitaba de verles aceptar de grado el impulso que viniese del exterior; me felicitaba de haber hallado un guía.

Lotario, permitidme que dé á mi amigo este nombre adorado, me habia hablado siempre de la bravura de los alemanes, me habia enseñado que no hay en el mundo una nacion más animosa cuando está bien mandada, y que causaba rubor no haber pensado nunca en lo que constituye la primera cualidad de un pueblo. Conocia la historia y estaba relacionado con la mayor parte de los hombres de mérito de su época. Apesar de ser jóven, tenía siempre fija su vista en la juventud de su país, tan llena de promesas; en los trabajos de esos hombres que cultivan los ramos todos de la ciencia. Me hizo echar una mirada sobre la Alemania, sobre lo que ella es y lo que puede llegar á ser, y me avergoncé de haber juzgado á una nacion en vista de esa muchedumbre oscura que se agita entre bastidores. Me imponia la verdad, el espíritu y la vida en mi arte. Desde que entraba en escena, yo me creia inspirada; pasajes medianos convertíalos en oro mi boca, y si en aquel momento hubiera estado allí el poeta para ayudarme, hubiera yo llegado á los efectos más notables.

Así vivió la pobre viuda durante algunos meses. Él no podia estar sin mí, y yo me sentia muy desgraciada cuando no le tenía en mi presencia. Me enseñaba las cartas de sus parientes, las de sus excelentes hermanos. Interesábase en los más pequeños detalles de mi vida; no puede imaginarse union más íntima, más completa. No se habló palabra de amor. Se fué y volvió, volvió y se fué... Y ahora, amigo mio, es hora de que os vayais tambien.

CAPÍTULO XVII.

Guillermo no podia retardar por más tiempo su visita á sus correspondientes. No sin alguna inquietud se dirigió á visitarles, pues sabia hallaria allí cartas de su familia. Temia los reproches que debian contener; era probable que se hubiera dado conocimiento á aquella casa de la inquietud que inspiraba su suerte.

Despues de tantas aventuras caballerescas, temia tener traza de escolar en falta; tomó el partido de aparentar audacia y disimular así su turbacion.

Con grande asombro y satisfaccion para él, las cosas tuvieron feliz desenlace.

En el escritorio, ocupado y lleno de quehacer, apénas si tuvieron tiempo de buscar su correspondencia; sólo por incidencia le hablaron de su tardanza en dejarse ver. Cuando abrió las cartas de su padre y de su amigo Werner, las halló muy templadas; el anciano, con la esperanza de recibir el Diario detallado, cuya redaccion habia encomendado tan cuidadosamente á su hijo, y cuyo plan habia trazado, no parecia estar muy inquieto por el silencio de los primeros tiempos del viaje, si bien se quejaba del tinte enigmático de su primera y única carta, datada en el castillo del conde. Werner se limitaba á bromear á su manera, contaba historietas de la ciudad, y pedia nuevas de los amigos y de los conocimientos con quienes Guillermo iba á hallarse en relaciones en esta gran ciudad comercial. Nuestro amigo, muy contento por verse libre á tan poca costa, respondió con algunas cartas tambien muy alegres, y prometió á su padre el Diario detallado con todas las observaciones geográficas, estadísticas é industriales que le pedia. Habia visto mucho en su viaje, y esperaba tener con qué llenar un grueso cuaderno. No echaba de ver que se hallaba en este momento en la misma situacion que el dia en que habia encendido las candilejas y reunido á los espectadores para representar una obra que no estaba escrita, y mucho ménos aprendida. Y cuando puso manos á la obra, vió que tendria mucho que decir apropósito de sus impresiones y de sus pensamientos, de muchas experiencias del corazon y del espíritu, pero nada acerca de los objetos exteriores, á los cuales, lo notaba entónces, no habia prestado la menor atencion.

Para esta embarazosa circunstancia, vinieron en su ayuda felizmente los conocimientos de su amigo Laertes. La costumbre habia unido á estos dos jóvenes, cualesquiera que fuesen sus diferencias, y este último, apesar de todos sus defectos y con todas sus singularidades, no dejaba de ser un sujeto muy digno de interes.

GOETHE.

(Continuará.)